

La leona de Castilla En el desierto

OBRA
COMPLETA DE

FRANCISCO
VILLALPESA

EDITORIAL
MUNO
LATINO
Santana, A. B. S. S.

ESTADO DE ESPAÑA
BIBLIOTECA DE ALMERÍA

UNDÉCIMO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

LA LEONA DE CASTILLA

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.
VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.
VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN.—AMIGAS VIEJAS.
IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS PUPILAS DE ALMO-TADID.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.—EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN.
X.—TRISTITILE RERUM.
XI.—LA LEONA DE CASTILLA.—EN EL DESIERTO.

OBRAS COMPLETAS

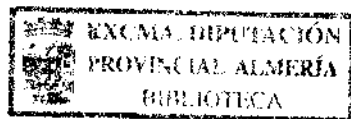
VOLUMEN XI

FRANCISCO VILLAESPESA

R- 9065 A

LA LEONA DE CASTILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO



EDITORIAL "MUNDO LATINO"
MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESA DE J. YAQUÉS — CALLE DEL NUNCIO, 8.

DEDICATORIA

*A Fernando Díaz de Mendoza y
Guerrero, como recuerdo de su
primer triunfo escénico.*

Villavieja.

REPARTO

Personales.

Actores.

<i>María de Pacheco . . .</i>	SRA. GUERRERO.
<i>Don Pedro Pérez de Guzmán</i>	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
<i>Don Juan de Padilla .</i>	» DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO (F.)
<i>El Arcediano.</i>	» CODINA.
<i>Sosa</i>	» JUSTE.
<i>Lope de Sanabria . . .</i>	» CIBERA.
<i>Marqués de Villena . .</i>	» GUERRERO.
<i>Ramiro</i>	» VARGAS.
<i>Ludovico de Chavres.</i>	» MEDRANO.
<i>Un Balletero</i>	» URQUIJO.
<i>Don Sancho</i>	» DAFUCE.
<i>Don García</i>	» URQUIJO.

Damas, pajes, escuderos, séquitos de imperiales, comuneros, gentes de armas, nobles, pueblo, etc.



ACTO PRIMERO

Salón del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sillal tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de baldequino.

Al fondo un enorme arco que da a la explanada de las almenas; y a ambos lados en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santlago.

Arcones, escabeles, sillones corates. Viejos tapices pendien de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda artesonada.

Por el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo.

Es media tarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARIA DE PACHECO y el MARQUÉS DE
VILLENNA

Conversando cerca de la primera puerta de la izquierda.
El Ballestero, con la ballesta al hombro vigilante, en las
almenas del fondo.

DOÑA MARIA.

Respondiendo al ceremonioso saludo del Marqués.
¡Señor Marqués de Villena!

VILLENA

¡Noble sobrina...!

DOÑA MARIA

¿A qué debo
que vuestra presencia honre
esta torre de Toledo?
¿Qué buscáis en mi morada?

VILLENA

Sobrina, la paz del reino,
perturbada por los bandos
de esos locos comuneros,
que rebeldes a su rey
estas tierras han revuelto
con motines y algaradas,
más propias de bandoleros
que de nobles fijosdalgos...

DOÑA MARIA

Atajándole con severidad.

¡Hablad de ellos con respeto,
que al combate les conduce
Juan de Padilla, mi dueño;
y si a su rey son traidores,
son leales a su pueblo!

VILLENA

Contrariado.

¡Comprendo, doña María,
que no vamos a entendernos

cuando comenzáis hablando
un lenguaje tan soberbio!

*Pequeña pausa. Se acerca a ella cambiando de tono,
con la voz insinuante.*

¡Pensad que soy sangre vuestra,
y en vuestro provecho vengo!

DOÑA MARIA

Y ¿qué queréis?

VILLENA

Vos podéis
poner a estas luchas término
devolviéndole a Castilla
la paz que perdió hace tiempo,

DOÑA MARIA

Mas, ¿cómo? Decid, Villena...

VILLENA

¿Cómo ha de ser...? ¡Persuadiendo
a vuestro esposo a que deje
los peligros de ese puesto,
que sólo han de conducirle
al cadalso o al destierro!

¡Que se depongan las armas!

Mas vos, antes, dad ejemplo,
entregando al Rey las llaves
de la ciudad de Toledo,
que rendida la cabeza
ya se irá rindiendo el resto.

DOÑA MARIA

Sin poder refrenar su indignación.

¿Y cómo vos, un Villena,

la mejor sangre del reino,
tal infamia me aconseja?

Villena va a hablar.

¡Callad, que escuchar no quiero
de labios que son tan nobles
tan infamantes consejos!
¿Queréis que la paz renazca?
¡Pues aconsejad primero
a Carlos, que de Castilla
cumpla y respete los fueros,
pues mientras no los respete
por Rey no lo acataremos!

VILLENA

¡Pensando así, a la ruina
de Castilla vais derechos!

DOÑA MARIA

Con altivez

¡Antes que vivir esclavos,
Marqués, libres moriremos!

Pequeña pausa.

VILLENA

Persuasivo.

Será inútil sacrificio...
¿Qué conseguiréis con eso?
¡Que se derrame más sangre
cuando tan poca tenemos!
¡Que haya más campos estériles
teniendo ya tantos yermos!
Escuchad. Cercada estáis
por el más brillante ejército
que en sus límpidos cristales

LA LEONA DE CASTILLA

las aguas del Tajo vieron.
No esperéis ningún socorro,
que nadie puede traéroslo;
y será más duro el trato
cuanto dure más el cerco.
Recibid al Emisario
de Adriano con respeto,
y la ciudad entregadle;
que si la entregáis, prometo
que habrá perdón para todos
y se olvidarán los yerros...
¡Y si precisáis rehenes,
yo mismo en rehén me ofrezco!

DOÑA MARÍA

Con firmeza.

¡No atiende vuestras razones,
que nosotros no queremos
más perdón ni más rehenes
que nuestros antiguos fueros!
¡Y en tanto no queden salvos,
no se rendirá Toledo!

VILLENA

¡Sois firme!

DOÑA MARÍA

¡Soy castellana!

¡Y lo mismo que el acero
que en nuestras forjas se temple,
ni me curvo, ni me quiebro!

VILLENA

Disponiéndose a salir.

¡Reflexionad lo que os digo!

Yo al campo imperial regreso.
Vendré con los emisarios,
y para entonces, espero,
que después de meditados
atenderéis mis consejos.

Saluda cortesmente. . .

¡Que el Señor os ilumine!

DOÑA MARIA

Acompañándole hasta la primera puerta de la izquierda.

¡Que a vos os alumbre el cielo!

Salen, mientras aparecen por la explanada don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.

ESCENA II

DON JUAN DE PADILLA y LOPE DE SANABRIA

Se detiene cautelosamente en el centro de la escena, como espionando la salida de doña María.

DON JUAN

Con volubilidad infantil

Ya se fué mi madre.
Hasta la escalera
acompaña al noble
Marqués de Villena.
¡Ven acá, buen Lope,
que antes que ella vuelva
tengo que decirte
algo en voz muy queda!

Bajando la voz con malicia infantil.

¿Cómo anda la bolsa?

LOPE

Mostrándola.

Como siempre: vedla.
Desde que Castilla
se tornó flamenca,
al Rey no conozco
nipo la moneda.

DON JUAN

Te daré, buen Lope,
un doblón, si dejas
que al potro morcillo
monte a la jineta,
y quiebre una lanza
en la Plaza nueva.
¡Verás con qué garbo
le corro la espuela!
¡Cómo se encabrita
cómo corvetea,
y lo paro en firme,
e inmóvil se queda,
igual que esos nobles
corceles de piedra
que ornan los sepulcros
de la Santa Iglesia!
¡Tengo ya unas ganas
que mi padre vuelva,
para ver, si viéndome
cabalgar, me lleva
con lanza y escudo,
con él, a la guerra!
¿Dejarás que monte?
¿Aceptas mi oferta?

LOPE

Mas si vuestra madre
de aquesto se entera,
hará que me empalen...
¡Cabalgar no os deja!

DON JUAN

¡Mi madre ha creído
que yo soy de cera
y voy a fundirme
si la luz me besa!

Volviéndose de nuevo a Lope, en voz baja y suplicante.

¿Harás lo que pido?

LOPE

¡Venga la moneda,
y en el patio aguardo!

Don Juan saca un doblón de la escarcela y se lo entrega a Lope, el cual, con desconfianza, observa y suena la moneda.

DON JUAN

Mas ¿por qué la sueñas?

LOPE

Con socarronería.

¡No vaya a ser falsa,
pues siendo flamenca...!

Reparando en la presencia de doña María en la puerta primera de la izquierda.

¡Callad...! Vuestra madre
hacia aquí se acerca.

Besa cómicamente la moneda, y alzándola entre el puigar y el índice sobre su frente, la esconde después a hurtadillas.

¡Sálveos Dios,
 ducado de dos,
 que Monsiur de Chavres
 no topó con vos!

Intenta escapar por el fondo.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA MARIA DE PADILLA

Que penetra por la izquierda.

DOÑA MARIA

Lope, avísate a las damas

Lope sale por el foro.

DON JUAN

Corriendo al encuentro de su madre.

¡Dios os guarde, madre mía!

DOÑA MARIA

¿Dónde habéis estado, hijo?

DON JUAN

De oración en la capilla,
 pidiéndole a Dios el triunfo
 de las armas de Castilla.

Viendo aparecer por la explanada a las damas.

Aquí se acercan las damas.

Las damas se inclinan ante doña María, y permanecen inmóviles, agrupadas, bajo el arco del centro, como esperando órdenes.

DOÑA MARIA

Preparad vendas e hilas.

Las damas extraen de los grandes arcones llenos y telas, y se disponen a empezar la tarea, sentadas

en escabeles, y formando dos grupos animados a ambos lados del arco central.

Doña María de Pacheco, en el sillón señorial, comienza a deshilar un rico velo de seda mientras don Juan de Padilla la contempla tiernamente posado a sus plantas, en un pequeño escabel cubierto de ricos cojines. Por la explanada del fondo pasea, vigilante, con el arma al hombro, el Ballestero.

ESCENA IV

DOÑA MARIA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA, DAMAS y el BALLESTERO

Pequeña pausa, durante la cual sólo se oye el crujir de la seda entre los dedos temblorosos.

DON JUAN

Rompiendo impetuosamente el silencio.

¿Por qué, por qué madre mía,
ante el altar de San Pedro,
con las armas de mi padre
no me armásteis caballero,
para lidiar por Castilla
con las huestes de Toledo?
Al son de las roncás trompas
todos a la lid partieron,
mientras que yo, en este estrado,
con vuestras damas me quedo,
para sostener un huso
o abrir un libro de rezos,
cuando mejor sostuviera
en el combate, un acero.
¡Dejadme, madre, que parta

donde me impulsa mi anhelo:
a triunfar por nuestras leyes
o morir por nuestros fueros,
que los que son bien nacidos
sólo viven combatiendo!

DOÑA MARIA

Mirando con orgullo maternal a su hijo, y acariciándole la revuelta melena.

¡Modera tus fieros ímpetus,
que para todo habrá tiempo!
Cachorríco de León,
las garras aún no os crecieron,
¡y ya rugís de impaciencia
porque os deje, libre y suelto,
sacudir vuestras melenas
en las luchas del desierto!
¡Águilucho que aún no tiene
alas firmes para el vuelo,
debe vivir en el nido
bajo el amparo materno!

DON JUAN

Lastimado por las palabras de su madre.

¿Pensáis que valor me falta?

DOÑA MARIA

Rapaz, ¿cómo he de creerlo
siendo sangre de Padilla
y a más mi sangre teniendo,
que es cual tener en las venas
en lugar de sangre, fuego?
¡Cómo he de pensar que pueda

conocer siquiera el miedo,
 quien se nutrió en mis entrañas
 y se alimentó en mi seno!

Dulcificando la voz, en un arranque de ternura.

¡Pero aún el bozo, hijo mío,
 sobre tus labios no ha puesto
 las sombras de la naciente
 virilidad de su vello!

DON JUAN

Alzándose fieramente.

¡Porque imberbe me veáis
 no os moféis de mi denuedo,
 que si tengo imberbe el labio
 tengo ya barbado el pecho!

DOÑA MARÍA

Atrayéndole de nuevo a su lado.

¡Cuando en estas duras guerras
 que esforzados sostenemos
 no queden hombres que lidien
 por la libertad del reino,
 entonces, antes que uncirnos
 al yugo del extranjero,
 los niños y las mujeres
 por Castilla moriremos!
 Y yo seré la primera,
 cuando llegue ese momento,
 que ciña a tu sien el casco
 y entregue a tu mano el hierro,
 que antes que tu vida, es
 la libertad de tu pueblo!
 Mas en tanto que tu padre

y sus bravos comuneros
se arman, combaten y triunfan
por nuestros gloriosos fueros,

Abrazándole con ternura con la voz trémula de lágrimas.

¡para qué exponer tu vida,
si sabes que si la pierdo
habrán perdido mis ojos
todas las luces del cielo!

Permanecen un instante abrazados. De súbito resuena, bajo las almenas, el clamor de las trompas de guerra. Todos atienden al estruendo cada vez más cercano.

¿Pero qué algazara es esa?

El Ballestero se inclina a mirar desde las almenas.

BALLESTERO

En voz alta.

En la falda de ese cerro,
junto a la margen del río
escaramuzan los nuestros.

Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspensa la labor.

DON JUAN

Desde las almenas.

Contemplad, señora madre,
aquel gentil caballero,
que a los nuestros arremete
cabalgando un potro negro
y armado de punta en blanco
como si fuese a un torneo.

Doña María de Pachecho se acerca a las almenas,

y apoyada en la columna del arco central, contempla el campo. Las damas abandonan su tarea, y también, bajo el arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate

¡Mirad con qué bizarría,
con qué juvenil denuedo,
al empuje de su brazo
se abre paso entre los nuestros!
La visera echada trae;
penacho azul sobre el yelmo,
armiños sobre el escudo
y una banda roja al pecho!

Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.

Nuestras gentes retroceden
—¡cobardes!—hacia Toledo,
pues cada golpe de lanza
un hombre derriba al suelo!
Todos huyen a su paso...

*Dando un grito terrible y cubriéndose el rostro
con las manos.*

¡Maldición...! ¡El caballero
les ha quitado el glorioso
pendón de los comuneros,
y con él torna a su campo
flotando su gloria al viento!

*Viendo al Ballestero Inmóvil con la ballesta al
hombro, y arrebatándosela con fiereza*

¿Para qué sirve en tus manos
la ballesta, Ballestero?

*Le tiende en un gesto heroico, entre el hueco de
las almeas, disponiéndose a disparar.*

DOÑA MARIA

Corriendo a su lado.

¿Qué haces, hijo?

DON JUAN

Sin oír la voz materna, gritándole al caballero.

¡Por Castilla!

¡Por Castilla y por sus fueros!

Dispara la ballesta. Momento de ansiedad, en el que sólo se escucha el palpitar de todos los corazones. Don Juan se vuelve a su madre con el rostro desencajado y los ojos flameantes de furor.

¡La ballesta no hizo blanco;
y a los pies del caballero,
estremecida de rabia,
clavada quedó en el suelo!
¡Malhayan la suerte mía
y el débil brazo que tengo!

Vuelve a observar arrojando violentamente la ballesta.

¡Al caballero ve, madre!
¡Su potro ha parado en seco,
y alzándose en los estribos,
aquí mira en son de reto,
igual que si se mofara
de mis brazos inexpertos!

Golpeándose fieramente las sienes.

¡Malhaya quien erró el golpe!

DOÑA MARIA

Toma la ballesta y se dirige al Ballestero.

¡Verás como yo no yerro!

¡Presto, presto, otra ballesta!

El Ballestero se la da. Doña María apoya el arma
en el hueco de las almenas gritando con voz de trueno.

¡Por Padilla y por Toledo!

Todos se agolpan al disparo, y un grito de júbilo
los estremece.

DON JUAN

Como un ebrio.

¡Bravo golpe...! ¡La ballesta
se le ha clavado en el pecho,
y del arzón se desploma,
mal herido, el caballero!

Volviéndose hacia su madre y cubriéndole las
manos de besos.

¡Benditas, madre, esas manos
que prodigio tal hicieron!

Se vuelve de nuevo a las almenas.

Los nuestros tornan... Lo alzan,
y entre cuatro, prisionero,
por la puerta de esta torre
lo conducen a Toledo.

DOÑA MARÍA

A! Ballestero.

Que le suban a esta estancia
mis gentes, sin perder tiempo,
que aquí curarán mis manos
la misma herida que abrieron.

Sale el Ballestero por la explanada

¡Doncellas de mi linaje,
en el más rico aposento
de este alcázar soberano
id y preparad su lecho...!

Para vendar sus heridas
 rasgad vuestros propios velos,
 que honor que hacemos a un huésped
 nos lo centuplica el cielo.

Las damas se marchan por la segunda puerta de la izquierda. Doña María se aproxima al Cristo de la hornacina y le besa piadosamente las llagas de las plantas.

ESCENA V

Todos menos EL BALLESTERO

DON JUAN

A cercándose a su madre

¡Bendita seáis, madre;
 pues gracias a vuestro esfuerzo,
 los imperiales no hollaron
 la bandera de Toledo!

DOÑA MARIA

¡Id, hijo, que de mi sangre
 sois el único renuevo,
 a ofrecer al enemigo
 rendido, vuestros respetos!
 Y que todas nuestras gentes,
 damas, pajes y escuderos,
 le rindan sus homenajes;
 que aunque es nuestro prisionero,
 por su valor bien merece
 honores y acatamientos!

DON JUAN

¡Descuidad, señora madre,
que recibidle sabremos
y honrarle como merecen
su nobleza y su denuedo,
pues los que llevan mi nombre
siempre son y siempre fueron
con el vencido, corteses,
con el vencedor, soberbios!

Se inclina, y besando gentilmente las manos de su madre, sale por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, sola.

DOÑA MARÍA

Clavando los ojos en el Cristo de la hornacina.

¡Gracias...! Toda mi existencia,
Señor, desde este momento
como víctima expiatoria
la sacrifico a mi pueblo!
¡Señor, Señor, no abandones
a esta raza de leones
que por todas partes fué,
en vos fija la mirada,
difundiendo vuestra fe
y esparciendo vuestra luz,
en una mano la espada
y en la otra mano la cruz!
¡Castilla, matrona huraña
que ante nadie se ha rendido;

que eres como regio nido
de aguiluchos, escondido
en el corazón de España!
¡Castilla, madre Castilla,
tierra de orgullo y fiereza;
indomable fortaleza
con fervores de capilla,
donde el pueblo, mientras reza,
de tu santo altar, al pie,
afila la espada que
en su ambicionar profundo
quiere conquistar el mundo
para imponerte su fe;
y para que desplegado
ondule sobre la tierra,
por los vientos agitado,
el crepúsculo morado
de tu estandarte de guerra...!
¡Presta a los hijos, Señor,
de los padres el vigor,
para poder defender
la libertad de Castilla!
Y si vencida se humilla
¡dale a esta débil mujer
fortaleza en su sufrir
para poderla vengar...!
¡Alientos para matar
o valor para morir!

Aparece en la primera puerta de la izquierda don Juan de Padilla, seguido de pajes y escuderos que sostienen a don Pedro de Guzmán.

ESCENA VII

DOÑA MARIA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA,
DON PEDRO PÉREZ DE GUZMAN, BALLESTEROS,
PAJES Y ESCUDEROS

DON JUAN

A su madre.

¡Aquí tenéis al herido!

Penetra don Pedro Pérez de Guzmán, sostenido por cuatro escuderos, con el manto y el peto ensangrentados. Un paje le conduce el yelmo y el escudo.

DON PEDRO

Al ver a doña María se desprende de los que le sostienen, y haciendo un violento esfuerzo se inclina ante ella.

Al rendirme prisionero,
rendir, señora, he querido
a vuestras plantas mi acero;
porque sólo ¡vive Dios!
rendir pudiera su brío
un acero como el mío
a una dama como vos...!

Le rinde penosa y cortesmente la espada.

DOÑA MARIA

Levantando la espada.

¡Galán que con tal bravura
combatió en esta jornada,
bien merece que la espada
le ciña yo a la cintura!

Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesarosa de su olvido.

Mas vuestra herida...

DON PEDRO

¡Derecho

el astil, señora, fué
a clavárseme en el pecho...!
¡Y no es extraño, porque
queriendo en su compasión
dar fin a mis agonías,
todas las heridas mías
van buscando el corazón!

DOÑA MARIA

Vuestro nombre...

DON PEDRO

Condolido, con la voz desfalleciente.

¡Vano afán!

¿Tan duro cambio he sufrido
que no habéis reconocido
a don Pedro de Guzmán?

Alza la frente y contempla con fijeza a doña María.

DOÑA MARIA

Profundamente conmovida por la sorpresa.

¡Cómo imaginar que a veros
fuera así, quien desde aquesta
torre, con una ballesta
os hirió sin conoceros!

DON PEDRO

Haciendo un esfuerzo inaudito para sostenerse de pie, como si las fuerzas le abandonaran por momentos.

¿Cómo dudar ¡ay de mí!
que calada la visera

mi rostro desconociera
 quien no me conoce así...?
 Y en mi desesperación
 ¡cómo he de extrañar que fuese
 vuestro dardo el que me hiriese
 tan cerca del corazón,
 si siempre, desde los días
 de nuestra niñez, lejanos,
 todas las heridas mías
 las abrieron vuestras manos!

Se desploma desmayado sobre un sillal. Los pajes y los escuderos acuden a sostenerle.

DOÑA MARIA

A los suyos, indicándoles la segunda puerta de la izquierda.

¡Presto, mis gentes, llevadle
 a la cámara de honor;
 curad su herida y tratadle
 igual que a vuestro señor!

Los pajes y los escuderos se llevan al herido por la segunda puerta de la izquierda. Doña María permanece un instante apoyada en el brazal del sillón señorial, ensimismada y triste, como si un amargo sentimiento entenebreciera su alma.

ESCENA VIII

DOÑA MARIA DE PACHECO y DON JUAN DE
 PADILLA

DON JUAN

Acercándose a su madre.

¿Le conocéis?

DOÑA MARIA

¡Desde niños!

Juntos, como dos hermanos,
en los encantados cármenes
de la Alhambra nos criamos.

DON JUAN

Conmovido por la tristeza de la voz materna, la
estrecha entre sus brazos.

Mas ¿qué os pasa, madre mía?
¿Por qué tembláis en mis brazos?

Alza cariñosamente la frente de su madre, y le
contempla los ojos bañados en llanto.

Pero ¿qué tenéis...? Decidme,
¿qué pena os causa ese llanto
que de vuestros ojos rueda
hasta escaldarme los labios?

La besa los ojos. Doña María se alza como ago-
biada por un presagio funesto.

DOÑA MARIA

Lentamente.

Pienso en todos los peligros
de los que están guerreando;
en que en las sombras, la Muerte
afla y lanza sus dardos,
y alguno alcanzar pudiera
a tu padre...

DON JUAN

Sin cuidados
por mi padre estad, señora;
que el hierro mejor templado
y más firme, de pavura

saltará, roto en pedazos,
antes de herir, madre mía,
un corazón tan bizarro.

DOÑA MARIA

Mas sin vencido cayese...

DON JUAN

Con fereza.

¿Vencido decis...? ¡Calláos,
que el suponerle vencido
es tanto como ultrajarlo,
pues siempre fué la victoria
cautiva de su caballo!
Y en Medina, en Talavera
sus férreos cascos hollaron
de las huestes imperiales
el perdón ensangrentado.

DOÑA MARIA

Nadie en la suerte confie,
porque el destino, voltario,
más pronto abate y derrumba
lo que levantó más alto.

DON JUAN

¡Pues ciñeme una armadura,
pon un acero en mi mano,
que si él peligra en la liza,
yo quiero estar a su lado,
para si triunfa, abrazarle,
y si es vencido, vengarlo!

Volviendo a abrazar a su madre.

Mas, enjugad esas lágrimas
que al contemplaros llorando,
¡vive Dios! que a mis pupilas
se agolpa también el llanto.

DOÑA MARIA

¡Al cielo gracias le doy
porque, piadoso, me ha dado
un hijo que honra a su padre,
con valer su padre tanto!

Quedan un momento abrazados.

ESCENA IX

DICHOS y LOPE DE SANABRIA

LOPE

Desde la primera puerta de la izquierda.

Vuestro asentimiento esperan
para entrar los enviados
que del campo imperial manda
el Cardenal Adriano.

DOÑA MARIA

Procurando dominar su emoción.

Condúcelos a esta estancia...

Lope se inclina y sale. Doña María se esfuerza en
ocultar las huellas de su emoción.

¡Animo, corazón, ánimo!
¡Altivez, alza la frente!
¡Orgullo, seca mi llanto,
que a las damas que Castilla
sangre y fortaleza ha dado,

no deben mirarlas nunca
sus enemigos llorando!

Se rebace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos escuderos, aparecen los legados imperiales, Ludovico de Chevres y el Marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los imperiales traen cruces blancas sobre los mantos, y los comuneros una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el Collar del Tolson de Oro.

ESCENA X

DICHOS: LUDOVICO DE CHEVRES,
EL MARQUÉS DE VILLENA, SÉQUITO DE IMPERIA-
LES, PAJES, ESCUDEROS y GENTE DE ARMAS

LUDOVICO

Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante doña María.

¡En nombre del Cardenal
Adriano, mi señor,
que es por el Emperador,
Gobernador general
de estos reinos, os concedo
gracia, si antes de tres días
cesáis vuestras rebeldías
y nos entregáis Toledo!

DOÑA MARIA

Romplendo con acento seguro la expectación general.

Vuestra intimación es vana

y es vano vuestro rigor,
que en la tierra Castellana
no manda el Emperador.
En este pueblo leal
nadie acatará su ley.

LUDOVICO

¡También de Castilla es Rey
quien cifa el manto imperial!

DOÑA MARIA

¡Mas, para los conumeros
que, con su soberbia humilla,
no es Monarca de Castilla
quien no respeta sus fueros;
porque aquí no toleramos
que los reyes nos den leyes,
sino que acatan los reyes
las que nosotros les damos!

VILLENA

Le juramos nuestro Rey
en las Cortes...

DOÑA MARIA

Y él juró
también cumplir nuestra ley.
¡Y ved cómo la cumplió!
¡Dando en este reino entrada,
contra todos nuestros fueros,
a esa Corte desalmada
de ambiciosos extranjeros
que, como botín de guerra,
nuestro honor escarneciendo,

aún se siguen repartiendo
 las riquezas de esta tierra!
 Y no tan sólo el Monarca
 nuestra libertad destruye,
 sino que en Coruña embarca,
 como pirata que ñuye
 en las sombras del misterio
 para ocultar su tesoro,
 ¡a comprar con nuestro oro
 la púrpura del Imperio!

Volviéndose a Viltena.

¿Quién habló de Juramentos?
 ¡Si él al viento lanzó el suyo,
 también nuestro fiero orgullo
 el suyo lanza a los vientos!
 ¡Y hoy este pueblo bravío
 no acata más que a su ley,
 pues viendo el trono vacío
 a sí mismo se ungió Rey!
 Vuestro perdón rechazamos,
 que a nuestras leyes, leales
 nuestras vidas ajustamos.
 ¡Volved con los imperiales;
 y decid que esta ciudad
 dispuesta está a perecer
 primero que esclava ver
 de nuevo su libertad;
 porque antes de sufrir
 las afrentas de un tirano,
 sabe el pueblo castellano,
 honrado y libre morir!

Un murmullo de aprobación recorre las filas de los

conuneros. Doña María de Pacheco les impone silencio con un noble gesto.

LUDOVICO

Con insolencia.

¡Pagaréis vuestra imprudencia!
 ¡Y puesto que no queréis
 rendiros, del Rey, clemencia,
 toledanos, no esperéis!
 ¡Despreciásteis su piedad;
 y ahora, del Emperador,
 el justiciero rigor
 llorará vuestra ciudad!
 Su mensaje habéis oído;
 y os declaro, en nombre de él,
 que a nadie dará cuartel.

DOÑA MARIA

Fieramente.

Y ¿quién cuartel ha pedido?

Se oye un rumor confuso del pueblo que se acerca.
 Los imperiales echan mano a sus espadas. Todos los
 rostros reflejan la más profunda ansiedad.

VILLENA

Mas ¿qué pasa?

DOÑA MARIA

Esos rumores...

DON JUAN

Asomándose al ventanal.

Aullando, de rabia ciega
 la plebe al alcázar llega,
 dando al aire sus clamores.

Y entre todos, el primero,
 traspasado de dolor,
 viene Sosa, el escudero
 de mi padre y tu señor.

Todos se vuelven hacia la explanada de las alcazarras por donde se acerca el tumulto. Por el arco del fondo penetra Sosa, pálido, polvoroso y jadeante, seguido de hombres y mujeres que gritan y gesticulan. Los Ballesteros detienen a la plebe bajo el arco central.

ESCENA XI

DICHOS, SOSA y GENTE DEL PUEBLO

SOSA

Cayendo de rodillas a los pies de doña María.

¡Señora, temblad de espanto!

Todos le cercan.

DOÑA MARIA

Di ¿qué pasa?... ¡Habla por Dios!

SOSA

Faltando en sollozos.

¡Ved cómo corre mi llanto!
 ¡Comprended el resto vos!

DOÑA MARIA

Dando un grito supremo de ansiedad.

¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?

Sosa no se atreve a hablar. Doña María se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.

¡Lengua de plomo! ¿hablarás?

SOSA

Balbuciente de emoción.

¡En Villalar ha caído
para no alzarse jamás!

Un grito de dolor estremece las filas de los comu-
neros.

DOÑA MARIA

¡Ha muerto!

Doña María rompe en sollozos, cae de y se abraza
estrechamente a su hijo

¡Pobre hijo mío!

DON JUAN

Severamente, señalando a los imperiales, que ha-
brán permanecido agrupados en actitud expectante,
cerca de la puerta primera de la izquierda.

¡Vuestra alicción nos humilla!
Señora, ¿dónde está el brio
de la mujer de Padilla?

DOÑA MARIA

Orgullosa del arranque filial, alzándose terrible y
recta como una amenaza

¡Mi don Juan, tienes razón!
Desde hoy, vengarle será
la única fuerza que hará
latir nuestro corazón!

Volviéndose al escudero

Cuenta Sosa.

SOSA

¡Qué decir,
sino que a traición, vendido,
al ver nuestra gente huir
en Villalar, cayó herido

de su corcel en el lodo
de un profundo cenagal,
luchando él solo con todo
el ejército imperial!
Allí su espada rindió;
y al verle ya sin espada,
Juan de Ulloa le cruzó
la faz de una cuchillada!

DOÑA MARIA

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Ah!... ¡Cobarde!

DON JUAN

Llameantes de furor los ojos.

¡Madre mía,

déjame al campo marchar,
que al de Ulloa haré pagar
bien cara su felonía!

DOÑA MARIA

De nuevo volviéndose a Sosa.

¿Y allí acabó?...

SOSA

¡A Dios pluguiera

que allí su vida acabara,
porque a lo menos, siquiera
la muerte no le afrentara!

DOÑA MARIA

¿Más afrentas?

SOSA

Prisionero

a la villa fué llevado;

y sin haberle juzgado
 como cumple a un caballero,
 a los imperiales plugo
 su cabeza hacer rodar,
 bajo el hacha del verdugo,
 en el mismo Villalar!

DOÑA MARIA

Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.

¡Ay, castellanos, llorad,
 que el hacha que lo ha inmolado,
 también ha decapitado
 nuestra antigua libertad!

Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.

SOSA

Hasta la enemiga suerte
 a sus pies cayó rendida,
 ¡que si heroica fué su vida
 más heroica fué su muerte!
 La envidia calló su encono;
 como quien fué sucumbió,
 ¡y hasta el cadalso subió
 como si escalase un trono!
 Al llegar su última hora
 me dió este pliego...

Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a doña María.

¡Mirad,
 y en él hallaréis, señora,
 su postrera voluntad!

DOÑA MARIA

Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.

«¡Por bienaventurado me tuviera,
bendiciendo lo amargo de mi suerte,
si el corazón, señora, no sintiera
mucho más vuestra pena que mi muerte!
¡Aunque de muchos ha de ser plañida,
esta muerte de tal modo me ha honrado,
que bendigo al Señor que así me ha dado,
brindándome tal muerte, tanta vida!
Yo quisiera tener más tiempo para
escribiros palabras de consuelo;
mas aunque me lo dieran, lo rehusara,
que ya la palma del martirio anhelo.
¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,
porque es mi muerte, esposa, tan honrada,
que en una eterna vida se convierte
y no debe por nadie ser llorada!
Mi alma, pues nada más tengo que daros,
la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,
haced con ella cuanto os plazca, ahora,
que si mucho os amó más ha de amaros!
No puedo proseguir... A vuestro asombro
¡qué de cosas tan íntimas dijera...!
Mas ya el verdugo, con el hacha al hombro,
en el dintel de la prisión espera...
Aquí hago punto, porque el vulgo osado
no piense, en su voraz maledicencia,
que he alargado esta carta demasiado
para alargar con ella mi existencia!

¡Adiós, señora, adiós...! En otra orilla
 nuestro amor hallará nuevo remanso...
 ¡Y aquí quedo, esperando la cuchilla
 de vuestra soledad y mi descanso!

Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas sollozan.

VILLENA

Avanzándose hacia doña María, sinceramente afectado por su dolor.

Yo también, doña María,
 lloro vuestro duelo ahora,
 que no en balde sois, señora,
 sangre de la sangre mía.
 Para evitar nuevos males
 y amenguar vuestro sufrir,
 doblegaos y rendir
 Toledo a los imperiales.

DOÑA MARÍA

Arrojándose sobre todos, como en el momento de dolor y de ira.

¿Qué dice...? ¿Oís, toledanos,
 sin atentaros, tal mengua,
 y con vuestras propias manos
 no le arrancásteis la lengua
 como ejemplo miserable
 de ignominia y de baldón,
 para el labio que nos hable
 siquiera de rendición?
 ¿Habrá algún alma en Castilla
 que ose de paces hablar,
 y no muera por vengar

la memoria de Padilla?
 Él bajo el hacha cayó
 por defender nuestra ley...
 ¡Guerra juremos al rey
 que en verdugo se trocó!

Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina, y colocando las manos sobre la frente de su hijo.

¡Yo, colocando las manos
 en la frente de su hijo,
 con el pensamiento fijo
 en su sombra, toledanos:
 ¡por la Santa Cruz erguida
 en el solitario altar,
 aun a costa de mi vida,
 su muerte juro vengar!

Dirigiéndose a los conneros.

¿Juráis vosotros?

VOCES

¡Juramos!

Todos juran sobre sus espadas.

SOSA

¡Venganza para Padilla!

DOÑA MARIA

Volviéndose a los imperiales.

¡Ved la respuesta que os damos,
 carceleros de Castilla!
 ¡Tornad al campo a decir
 a vuestro Gobernador,
 que nunca se ha de rendir
 Toledo al Emperador!

Y dad gracias a la suerte,
 que para vengar su muerte
 y volveros mal por mal,
 desgarrados, a pedazos,
 no os arrojó, a bombardazos,
 al campamento imperial.

Los conueros intentan atacar a los imperiales,
 pero doña María de Pacheco se interpone, deteniéndolos con un soberbio ademán.

SOSA

Toledo, regia matrona,
 ¿qué vas a hacer sin Padilla?

LOPE

¡Murió el León de Castilla!

DOÑA MARIA

¡Pero aún queda su leona,
 que afilando en su aflicción
 la garra dura y cruel,
 sabrá morir como él
 o vengar a su león!

VILLENA

Disponiéndose a salir, a doña María.

¡De nuestros lazos reniego!

LUDOVICO

A doña María.

¡Jamás esperéis favor!

Doña María les señala a los imperiales la puerta.
 Estos van desfilando.

DOÑA MARÍA

¡Guerra, guerra a sangre y fuego!

SOSA

A los comuneros, señalándoles el grupo que forman doña María y su hijo.

¡Respetemos su dolor!

Todos se inclinan y van saliendo por la explanada del fondo. Entretanto doña María permanece serena, apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las lámparas se hace más intensa.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN DE PADILLA

DON JUAN

Al verse solo, alzando hieramente la cabeza y extendiendo el brazo

¡Venganza, padre!

Viendo la actitud dolorosa de su madre, que al verse sola no puede refrenar su emoción.

¡Señora!

¡Quién lo había de pensar!

Estalla en sollozos.

DOÑA MARÍA

Estrechándose contra su seno en un llanto convulsivo.

¡Sí, hijo mío...! ¡Ahora llora,
que ya podemos llorar!

Los dos, sollozando caen de rodillas al pie del Cristo. Se abrazan estrechamente, ahogados en sollozos, mientras desciende poco a poco el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lámparas de la hornacina y algunas antorchas enlavadas en los muros.

ESCENA PRIMERA

SOSA, EL ARCEDIANO, EL BALLESTERO y SOLDADOS

Alzarse el telón. Sosa conversa con los soldados bajo el arco del fondo.

SOSA

Asegurad el portillo
y vigilad las almenas,
no vayan los imperiales,
amparados por las nieblas,
a conseguir por la astucia
lo que no logran por fuerza.

Salen los soldados por la explanada de las dueñas. Sosa se vuelve al centro de la escena.

ARCEDIANO

¡Duro es el cerco!

SOSA

¡Y tan duro,
que si Dios no lo remedia

hará a Toledo famosa
 si ya famosa no fuera!
 Ha seis meses que sus muros
 expugnan, baten y asedian
 las huestes más numerosas
 que acampar el Tajo viera
 entre los huertos frondosos
 de sus fértiles riberas!

BALLESTERO

¿Y no nos vendrán socorros?

SOSA

¡Sólo de la Providencia,
 que desde que, traicionados
 de Villalar en las ciénagas,
 al pie de los imperiales,
 cayeron nuestras banderas,
 las ciudades de Castilla,
 ya por grado, ya por fuerza,
 una a una, fueron todas
 rindiendo sus fortalezas...!
 Tan sólo, altiva, Toledo
 a los imperiales reta...
 ¡y será libre Castilla
 mientras Toledo no muera!

ARCEDIANO

*Lentamente, con profunda intención, como para
 escudriñar los pensamientos de Sosa.*

Mas ya su valor decae,
 que la plebe anda revuelta
 porque la peste y el hambre

hacen más estrago en ella,
que cañones y bombardas
en sus cimientos de piedra.

SOSA

La plebe no tiene culpa,
sino los que la aconsejan,
los que, cual Judas, la venden
y en oro su sangre truecan.
Mas ¡ay! si doña María
de esas intrigas se entera,
ha de hacer tal escarmiento
que asombro del mundo sea!

ARCEDIANO

Mirando fijamente a Sosa.

¡Ella causa estos disturbios,
porque a Toledo avergüenza
que una mujer la gobierne,
cual si en su seno no hubiera
claros varones capaces
de regiría en esta empresa!
¡Para los hombres, la espada,
para la mujer, la rueca...!

SOSA

Amenazante.

¿Qué osáis decir?

ARCEDIANO

Camblando de tono y en son de disculpa

¡Lo que dicen
a veces en las plazuelas...!
Repito lo que murmuran,

que yo he dado tales pruebas
de lealtad a tu señora,
que eluden toda sospecha.
Y, ¡por mi patrón Santiago
que mi lealtad no me pesa,
porque en Castilla no hay hombre
que en valor y en entereza,
en tan graves circunstancias
pueda competir con ella!

SOSA

Con entusiasmo.

¡Donde el peligro es más grande,
donde es más dura la brega,
allí su pecho indefenso
a las espadas presenta,
piadosa como una santa
y altiva como una reina!

¡Toda el alma de Castilla,
brava, indómita y soberbia,
parece que en los arcanos
de su corazón encierra!

¡Para sustentar la plebe
y proseguir estas guerras,
malbarató sus tesoros,
las vajillas de su mesa,
las sortijas de sus dedos
y los collares de perlas,
de diamantes y topacios
que sobre sus senos eran
como aljófara de rocío
brillando entre rosas frescas!

Resuenan las ánimas. Todos se santiguan.

ARCEDIANO

Mas, escucha... ya las ánimas
 en la Catedral resuenan.
 ¡Ve y avisa a tu señora
 que tengo que hablar con ella!

SOSA

Tendréis que aguardar un poco,
 porque rezando en la iglesia
 de Santo Tomé se halla,
 con sus pajes y sus dueñas.

*Se inclina, besa la mano al Arcediano y sale por
 la primera puerta de la izquierda.*

ESCENA II

EL ARCEDIANO y EL BALLESTERO

ARCEDIANO

*Acercándose cautelosamente al Ballestero, después
 de haber escudriñado con la vista la estancia.*

¿A Don Pedro de Guzmán
 hiciste saber mi encargo?

BALLESTERO

*A media voz señalando la segunda puerta de la
 izquierda.*

Y está, señor, vuestro aviso
 en esa estancia esperando.

ARCEDIANO

¿Cómo sigue de su herida?

BALLESTERO

Gracias a tantos cuidados
 como en servirle y honrarle

la Pacheco ha prodigado,
tan bueno está, que hoy a Sosa,
con tener tan firme el brazo
y esgrimir con gran maestría,
de un golpe le ha desarmado.

ARCEDIANO

Pues avisale, Rodrigo.
Y en tanto que con él hablo,
vigila, no nos sorprendan;
que es tan importante el caso,
que una indiscreción podría
conducirnos al cadalso.

BALLESTERO

¡Mandad a vuestro albedrío,
que en mí tenéis un esclavo!

ARCEDIANO

No te pesará servirme.
Si de estas revueltas salgo
Arzobispo de Toledo
como me ofreció Don Carlos,
ya premiaré tus servicios
y te haré subir tan alto,
que ha de ser el Ballestero
envidia de los hidalgos!

El Ballestero entra en la segunda puerta de la izquierda y al momento aparece en el dintel don Pedro Pérez de Guzmán. El caballero avanza lentamente, y mientras el Arcediano se inclina para saludarle, el Ballestero sale y se va a ocupar su puesto en las alpuercas.

ESCENA III

DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN, EL ARCEDIANO,
BALLESTERO

ARCEDIANO

Salutando.

¡Don Pedro, al cielo bendigo,
porque la ocasión me ha dado
de admirar y conocer
al caballero, dechado
de lealtad, cuyo renombre
la fama va pregonando
para que eterno perdure
en el bronce y en el mármol!

DON PEDRO

Inclinándose cortesmente.

¿Qué tenéis que platicarme
cuando con tanto recato
me llamáis?

ARCEDIANO

Tengo, Don Pedro,
que entregar a vuestras manos
este pliego que os envía
el Cardenal Adriano.

Saca un pliego del seno y se lo entrega.

Leedle, y después de leerle,
como es natural, rasgadlo.

DON PEDRO

*Después de leer el pliego a la luz de la lámpara
de la hornacina.*

Aquí el Cardenal me ordena
que en servicio de Don Carlos,

nuestro Rey, que el cielo guarde,
acate vuestros mandatos.

*Rasga el pliego y después se vuelve y contempla
fijamente al Arcediano.*

¿Quién sois, cuando así me obligan
a serviros y acataros,
siendo tan noble mi sangre
y mi linaje tan alto,
que mis mayores tuvieron
reyes moros por vasallos?

ARCEDIANO

Humildemente.

Señor, de la Santa Iglesia
Catedral, soy Arcediano,
y aunque entre rebeldes vivo
y por comunero paso.
no puedo olvidar que al Rey
mi juramento he prestado;
¡que olvidar sus juramentos
no es digno de un buen cristiano!
A los imperiales sirvo
y por su causa trabajo,
promoviendo entre la plebe
algaradas y rebatos,
y sembrando la discordia
entre jefes y soldados.
¿Que le falta pan al pueblo?
Pues el motivo es bien claro...
Por medio de mis secuaces
correr las voces yo hago
que es culpa de la Pacheco,
que a bajo precio ha comprado

todo el trigo de Castilla
para venderlo más caro.
¿Que alguno muere de peste?
¡Pues es un castigo santo
que a Toledo Dios envía
por haberse rebelado
contra su señor, y andar
con los franceses en tratos
para entregarles el reino
que a los infieles ganamos...!
Y así, todo se revuelve...
Y espero que si su amparo
como hasta aquí, no me niega
nuestro buen patrón Santiago,
muy en breve, entre repiques
de campanas, y entre aplausos,
en nuestra sagrada Sede
veréis entrar, bajo palio,
por la puerta del Perdón
al Cardenal Adriano.

DON PEDRO

¿Pero no teméis que antes,
de vuestro juego enterados,
os hagan los comuneros,
reverencia, más pedazos
que padrenuestros habéis
en este mundo rezado?

ARCEDIANO

¡Antes de poner, Don Pedro,
en entredicho mis actos
dudarán de Juan Padilla,

con haber Padilla dado
 en pro de los comuneros
 la cabeza en el cadalso,
 que yo sé tirar la piedra
 y esconder después la mano!

DON PEDRO

¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCEDIANO

A veces, señor, debajo
 de la piel de un corderillo
 hay un león disfrazado.

DON PEDRO

Mas ¿en qué puedo serviros?
 Decid, señor Arcediano.

ARCEDIANO

A entregar estoy dispuesto
 la ciudad. Mas para el caso
 necesito del concurso
 de un capitán esforzado
 que al frente nuestro se ponga.
 ¡Y en vos, don Pedro, he pensado!

DON PEDRO

Mas, ved que estoy prisionero...

ARCEDIANO

Riendo maliciosamente.

¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro
 está más libre en el aire
 que vos en este palacio!

DON PEDRO

¡Es cierto... Mas mi palabra
me tiene más obligado,
que a todo buen caballero
sí estima su honor en algo,
le pesan más sus palabras
que los grillos más pesados!

ARCEDIANO

Mas, suponed que estáis libre...

DON PEDRO

¿Qué voy a hacer?

ARCEDIANO

Yo me encargo

de que se alborote el pueblo,
y cuando esté alborotado,
del Emperador en nombre,
de Toledo apoderaos,
encerrando a la Pacheco
presa en su propio palacio.

DON PEDRO

Sin poder reprimir su indignación:

¡Callad, callad tal vileza!
¿Mi honor descendió tan bajo
que a ser me autoriza dueño
de quien debo ser esclavo?
¡En defensa de mi Rey
ya con mi sangre he regado
las áureas playas de Nápoles
y los campos castellanos,
y España entera conoce

la pujanza de mi brazo!
 ¡Mas, cometer tal infamia
 no puede quien ha heredado
 la lealtad de los Guzmanes,
 y ostenta sobre su manto
 como una herida gloriosa
 la roja cruz de Santiago!

ARCEDIANO

Insiuante.

Nuevas riquezas y honores
 el Rey pudiera brindaros.

DON PEDRO

Con altivez.

¡Todo el oro de la tierra
 no vale lo que yo valgo;
 ni en el mundo honor existe
 ni tan grande ni tan alto
 como el que me da el escudo
 que aquí, sobre el pecho, traigo!

ARCEDIANO

Dejando caer con intención las palabras.

¡Bien se conoce que andáis
 de la dama enamorado!

DON PEDRO

Herido en lo más hondo y vivo de su alma.

¿Qué decís?

ARCEDIANO

Retrocediendo rastreramente ante la actitud violenta de don Pedro, y queriendo dar a sus palabras un tono ambiguo de chanza y de ironía.

¡Murmuraciones
y cuentos del populacho...!
¡Yo nunca les presté crédito,
porque nunca he sospechado
que al par se pudiera ser
carcelero y apresado!

DON PEDRO

Haciendo un esfuerzo terrible para reprimir la ira
que le enciende.

¡Vive Dios, que si no fuera
por respeto de esos hábitos,
castigara la osadía
de vuestra lengua, mi mano!
¡Y dadle gracias al cielo,
que no es poco lo que hago,
al olvidar lo que he oído
sin haberos castigado!

Le vuelve despectivamente la espalda, y sale por
la segunda puerta de la izquierda. El Arcediano le
sigue con la vista, inmóvil en el centro de la escena,
sin atreverse a dar un paso.

ESCENA IV

EL ARCEDIANO, solo

ARCEDIANO

Después de desaparecer don Pedro.

¡Mal tino...! En su corazón
mi ballesta no hizo blanco!

Sonriendo ferozmente.

¡Mas sé el punto vulnerable
donde dirigir mis dardos,

y ¡vive Dios! que he de verlo
rodar a mis pies sangrando!

Se queda de pronto inmóvil, con el entrecejo arrugado, como si madurase un plan. Después alza triunfalmente la cabeza, y una siniestra alegría centellea en él.

No ha sido inútil la escena,
porque mi plan he trazado,
y no hay nada que destruya
los planes que yo me trazo.
¡De esta vez, doña María,
vuestro honor cayó en mis manos,
y de ellas no ha de salir
sino deshecho a pedazos,
para que a Castilla entera
sirva de mofa y escarnio!
¡Qué pronto sobre la plata
de estos mis cabellos blancos,
que con su oro y sus gemas
encanecieron soñando,
de la mitra arzobispal
habrá de lucir el fasto!

Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.

Mas aquí llega la dama.
¡Ocultad, buen Arcediano,
bajo plumas de paloma
vuestras garras de milano!

Vuelve a adquirir su expresión beatífica, mientras por la primera puerta de la izquierda aparecen doña María y don Juan de Padilla, precedidos de dos pajes con antorchas y acompañados de Sosa, Lope, damas, pajes y escuderos.

ESCENA V

DOÑA MARÍA DE PACHECO, EL ARCEDIANO, DON
JUAN DE PADILLA, SOSA, LOPE, DAMAS, PAJES
y ESCUDEROS

ARCEDIANO

Inclinándose humildemente ante doña María,

¡Que el cielo guarde, señora,
y alargue vuestra existencia!

DOÑA MARIA

¿A qué debo, en esta hora,
que honréis con vuestra presencia,
Arcediano, mi mansión?

ARCEDIANO

Hablaros, señora, quiero...

DOÑA MARIA

Hablad, pues... Pero primero
¡dadme vuestra bendición!

El Arcediano la bendice; después, a una invitación de doña María, se sienta en el primer término de la derecha. Las damas lo hacen sobre los arcones del fondo. Sosa, los pajes y los escuderos permanecen de pie bajo el arco que da a las almenas, mientras don Juan conversa en voz baja con Lope en el ángulo de la izquierda.

ARCEDIANO

¡Es serio y grave el asunto!

DOÑA MARIA

¡Vuestra actitud me sorprende!
¿Tan grave es?

ARCEDIANO

Hasta el punto
que de él Toledo depende.

DOÑA MARIA

Con ansiedad.

Mas, ¿que es ello?

ARCEDIANO

En puridad,
que el pueblo se va cansando
de luchar, y anda pensando
en entregar la ciudad.

DOÑA MARIA

*En un impetu irrefrenable de ira, clavando sus
ojos en los del Arcediano.*

¡Y habrá quien a tal se atreva...!
¡Y quien a decirlo acuda
a quien por Toledo lleva
estas tocas de viuda!

ARCEDIANO

Queriendo tranquilizarla.

Estudiad la situación
con calma, y si así lo hacéis,
señora, comprenderéis
que el pueblo tiene razón,
pues en seis meses de asedios
de dura y tenaz batalla,
agotó todos los medios
y hambriento y pobre se halla.

DOÑA MARIA

¡Tan veleidosa ha de ser
la plebe, que habrá ¡Dios mío!

de olvidar hoy lo que ayer
defendió con tanto brío,
para rendir la ciudad
a las plantas del tirano,
bajo cuya férrea mano
murió nuestra libertad...!
¡No es posible...! Yo no puedo
dar crédito a lo que oí,
que antes de rendir Toledo
tendrán que rendirme a mí!

ARCEDIANO

Su propia miseria abona
del pueblo las vefedades,
porque el hambre no razona
de fueros ni libertades.

DOÑA MARÍA

En un arranque de indomable fereza.

¿Y vos osaréis también
defender su cobardía?

ARCEDIANO

Con humildad.

Perdonad, doña María,
si no me he explicado bien.
Mi franqueza no os irrite.
No hablo yo... Mi voz ha sido
el eco fiel que repite
lo que a los demás ha oído.
Yo soy vuestro amigo viejo,
y siempre, señora, ha estado
en las juntas del Concejo

mi lealtad a vuestro lado.
 Y hoy esa misma lealtad,
 de cuya virtud dudáis,
 aquí me impulsa a que oigáis
 por mis labios la verdad.
 Hay que mirar cara a cara
 lo crítico de la hora,
 y encontrar recursos, para
 que no se rinda, señora,
 Toledo a los imperiales.

DOÑA MARIA

En su defensa he gastado
 hacienda, renta y caudales;
 y en sus manos he dejado
 mis derechos de alcabalas.
 ¡Y ahora, mi hijo y yo, nos vemos
 sin más joyas ni más galas
 que las que puestas tenemos!

ARCEDIANO

En cambio, más de un señor
 hay, cuyo lujo se atreve
 a insultar con su esplendor
 las miserias de la plebe.

Pequeña pausa. Doña María permanece un instante pensativa, con la cabeza entre las manos.

Todo lo tengo pensado,
 y hay medios...

DOÑA MARIA

Para calmar
 la agitación popular,
 ¿qué medios habéis hallado?

ARCEDIANO

Hay uno, según yo creo.

DOÑA MARIA

Alzando de nuevo la cabeza con profunda ansiedad.

¿Cuál es?

ARCEDIANO

Sin dar importancia a lo que dice.

Pues dar rienda suelta
a la popular revuelta
para que acabe en saqueo.

DOÑA MARIA

Alzándose fieramente.

¿Qué os atrevéis a decir?
¡En cobardes bandoleros
así queréis convertir
a mis bravos comuneros!
¿Vos, un siervo del Señor,
tal me aconsejáis ahora?

ARCEDIANO

Tranquilamente.

Entre dos males, señora,
se elige siempre el menor.
Con calma vos medita
en el problema, que es éste:
de una parte, la ciudad
invadida por la peste
y por el hambre acosada.
De otra parte, esos señores
que, indecisos o traidores,

ni nos sirven, ni dan nada.
Yo en tal problema no veo,
ni encuentro más solución
que rendirnos o el saqueo...
¡A vos dejo la elección!

DOÑA MARÍA

Después de honda lucha interior.

¡Grave asunto!

ARCEDIANO

¡Sí lo es!

Y por ello os aconsejo
que lo penséis, y después
resolváis en el Concejo.

Con voz insinuante.

Aceptad mi solución,
y con ella a un tiempo dad
un ejemplo a la ciudad
y al pueblo satisfacción.

Inclinándose cortesmente.

Dadme a besar vuestra mano.
Me voy...

DOÑA MARIA

Con el cielo id.

Volviéndose a los suyos.

¡Honrad a nuestro Arcediano!

ARCEDIANO

¡Mi bendición recibid!

La bendice, y sale precedido de pajes con antorchas, y seguido de Sosa, Lope, damas y escuderos. Don Juan y doña María le acompañan hasta la puerta.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PACHECO Y DON JUAN DE PADILLA

DOÑA MARIA

Reparando en la actitud fiero y sombria de su
hijo y acercándose a él.

¿Qué honda desesperación
devora tu corazón?
¿Y al aullido de qué hiena
se ha encrespado tu melena,
cachorrico de león?
¿Qué angustia dura y fatal
cortó tu vuelo triunfal,
aguilucho castellano,
más libre y más soberano
que el aguilucho imperial?
¿Quién mueve a tu dicha guerra?
¿En qué piensas, hijo mío?

DON JUAN

Con acento duro y la faz sombría.

¡En que es inútil el brío
que en mi corazón se encierra;
y en que nadie, en esta tierra
que su orgullo me prestó,
más desdichado nació,
cuando aún existen, madre,
los verdugos de mi padre
viviendo en el mundo yo!
¡Cuando su memoria evoco
y su triste fin recuerdo,
la rabia me vuelve loco,

y de coraje me muerdo
 puños que valen tan poco
 que, incapaces de elevar
 en el combate la lanza,
 aún no tuvieron pujanza
 para aturdir y espantar
 al mundo con su venganza!

DOÑA MARIA

A trayéndole.

¡Esperanza de Castilla,
 entre mis brazos humilla
 la altivez de tu quebranto!
 ¡Ven, y verás cómo brilla
 mi sonrisa entre mi llanto!

Pensando en lo que en ti fío,
 y en aquel amor sagrado
 que tan pronto, por ser mío,
 cubierto en sangre ha finado,
 a la par lloro y sonrío!

Acércate más a mí,
 y da a mis labios la miel
 de tus besos, porque si
 mis llantos son para él,
 mi sonrisa es para ti.

Estrechándole contra su corazón.

¡Si en sus brazos aprisiona
 esta frente altiva y fiera
 que la juventud corona,
 se convierte la leona
 en una blanca cordera!

A acariciando su frente.

¡Tus bucles acariciando
poco a poco, su fiereza
va en ternura transformando,
que siempre rugiendo empieza
para terminar llorando!

Estalla en llanto.

DON JUAN

Desprendiéndose de los brazos maternos.

¡No lloréis más, por favor,
porque el llanto de dolor
que por vuestra faz descende,
en vez de apagar, enciende,
aviva más mi furor!

En vez de tanto gemir,
dadme un escudo, una lanza,
algo con que pueda herir,
y dejadme al campo ir
a realizar mi venganza;
que si no logro vengar
la sangre de vuestro esposo,
seré indigno de llevar
el apellido glorioso
del héroe de Villalar!

DOÑA MARIA

Estremecida de espanto.

¿Qué dices, hijo, qué dices?
¡Dejarme sola, don Juan,
como un árbol sin raíces,
en medio del huracán...!

En la lucha fratricida,
 ¿cómo consentir podré
 que expongas también tu vida?
 ¡Castilla está bien servida!
 ¡Le di mi esposo...! ¡Que pida
 mi sangre, y se la daré...!
 ¡Todo por ella perdí...!
 Sólo perderte no quiero.
 ¡Tú no...! ¿Qué me importa a mí
 que se pierda el reino entero
 con tal de tenerte a ti?

Reparando de pronto en el Cristo de la hornacina.

Aquí, a tu padre, guardar
 juré tu vida...

DON JUAN

Con intrépida fiereza.

¡Y el hijo
 al pie de este mismo altar
 y ante el mismo Crucifijo,
 su muerte juró vengar!

DOÑA MARÍA

¡Aquí una madre, de pie,
 ante el pueblo que la oyó,
 guardar tu vida juró!

DON JUAN

¡Ante el mismo pueblo, yo
 vengar mi padre juré!

DOÑA MARIA

Fu un arranque de desesperación, estallando en sollozos y echándole los brazos al cuello.

¡Pues da mi pena al olvido;
ve y ármate caballero,
y espoleando tu overo,
cumple lo que has prometido;
mas ¡ay! con el mismo acero
con que vengues, denodado,
las afrentas de tu padre,
antes habrás traspasado
el corazón de tu madre!

Quedan un instante abrazados al pie de la hornacina. Por la puerta de la izquierda, del primer término, aparecen Sosa y Lope, que se detienen en el umbral de la puerta, profundamente emocionados.

ESCENA VII

DICHOS, SOSA y LOPE

SOSA

Contemplándolos desde el dintel, y deteniendo a Lope.

¡Si mi señor desde el cielo
los pudiese contemplar,
las lágrimas de sus ojos
iban a formar un mar!

Al rumor de los pasos, don Juan se desprende de los brazos maternos.

DOÑA MARIA

Volviéndose, sorprendida, y haciendo un terrible
esfuerzo para serenarse.

¿Quién es?

SOSA

Soy yo, mi señora.

Inclinándose.

DOÑA MARIA

Con la voz aún conmovida, queriendo alejarle de
su lado.

Ve a mi cámara, que allá,
del estado de Toledo
tenemos largo que hablar.

Volviéndose a su hijo.

Adiós, mi hijo, y olvida
tus penas, porque ya habrá
tiempo para tu venganza
y para todo lugar.
Recógete pronto al lecho,
que es hora de reposar.

CON JUAN

Inclinándose.

Vuestra bendición, mi madre.

DOÑA MARIA

¡Que Dios te ampare, don Juan!

Sale con Sosa por la segunda puerta de la iz-
quierda.

ESCENA VIII

DON JUAN DE PADILLA y LOPE

DON JUAN

Misteriosamente, después de haber acompañado a su madre hasta la puerta y observando un momento desde el umbral.

Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE

Señor, ensillado está,
relinchando de impaciencia
al pie de ese ventanal.

DON JUAN

¿Y las armas?

LOPE

En el patio,
bruñidas y prontas ya.

DON JUAN

Mas los guardias del portillo...

LOPE

¡Por ellos tranquilo estad,
que conozco el santo y seña
y nos dejarán pasar!
Mas si sabe vuestra madre
la andanza...

DON JUAN

¡La ignorará

hasta que vuelva triunfante
su altiva frente a besar!
¡Desde que supe que andaba
Juan de Ulloa en el real
de las huestes imperiales,
mi corazón no halla paz,
que la venganza y el odio
no le dejan reposar!
En vano busco en la noche
un lecho y un cabeza!,
pues apenas llega el sueño
mis párpados a besar,
cuando la paterna sombra
surge de la oscuridad
y murmura en mis oídos
con voz que me hace temblar:
«--¡Aquel que al sueño se rinde
sin sus agravios vengar,
no es digno de tener sangre
del héroe de Villalar!
¿No ves esta cuchillada
roja, que cruza, don Juan,
como rúbrica infamante,
de parte a parte mi faz?
¡La mano de Juan de Ulloa
abriómela, cuando ya
derribado del caballo
en medio de un cenagal,
destrozado el yeimo y rota
la lanza de alancear,
mi espada y mi guante había
rendido al bando imperial!»—

Y yo a la sombra paterna,
 para que repose en paz,
 la mano que le ultrajara
 he jurado cercenar...
 ¡Y lo que el labio ha jurado
 mi brazo lo cumplirá!

LOPE

Mas ved que vos sois un niño
 y el de Ulloa es hombre tal,
 que goza en Castilla fama
 de esforzado capitán.

DON JUAN

¡Cuanto más fuerte el contrario
 mayor el triunfo será!

LOPE

¡Moriréis en la contienda...!

DON JUAN

¡Manchado mi honor está,
 y si no logro la mancha
 que lo deslustra borrar,
 mi propia existencia, Lope,
 será una ignominia más...!
 Descuélgame aquesa espada...

Señalando a una que hay en la panoplia que adorna como un exvoto la hornacina.

LOPE

Descoigándola.

¡Tanto pesa, que será

un milagro que la puedan
vuestras manos sustentar!

DON JUAN

Empuñando el acero.

¡Toledanos, a los gritos
de ¡Santiago y Libertad!,
el hijo de Juan Padilla
a su padre va a vengar!

Mirando a la puerta por donde salió su madre.

¡Descansa en tu lecho, madre,
que mañana al despertar,
la mano que te ha ultrajado
verás a tus pies sangrar!

Arrodillándose ante el Cristo.

¡Señor, bendice este brazo
que animoso va a vengar
a la sangre de Castilla
derramada en Villalar!

*Sale rápidamente por el foro, seguido de Lope.
La escena queda un instante sola.*

ESCENA IX

DOÑA MARIA DE PACHECO y DON PEDRO PÉREZ
DE GUZMAN

*Que aparecen conversando por la última puerta de
la izquierda.*

DOÑA MARIA

Con solicitud.

¿Os causa daño vuestra herida?

DON PEDRO

¿Cómo sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?

Pequeña pausa.

DOÑA MARIA

Queriendo romper aquel silencio angustioso.
¡Gallardamente combatisteis!

DON PEDRO

¿Y cómo no lidiar gallardo
el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?

*Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus car-
zones.*

DOÑA MARIA

Como recordando.

Cuando en la Alhambra, entre las flores
de regios cármenes jugábamos,
¡ay! ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,
como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

DON PEDRO

Vivamente, con acento doloroso.

¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedó mi espíritu apresado?

Pequeña pausa de evocación y de quietud.

DOÑA MARIA

¿Os acordáis? ¡Un medio día
jugando solos en el Patio
que llaman de los Arrayanes,
queriendo yo espantar un pájaro
que desgranaba sus canciones
entre las flores de un naranjo,
con una piedra, sin quererlo,
herí de pronto vuestros labios...!

¡Después desde estos almenares,
sin que pudiera sospecharlo,
con el astil de una saeta
bañé de sangre vuestro manto...!

DON PEDRO

¡Sin querer, todas mis heridas
las abren siempre vuestras manos!

DOÑA MARIA

¡Mas recordad también que ellas
las que os abrieron os cerraron...!

DON PEDRO

Con todo el fuego de su pasión desesperada.

¡Pero hay, señora, acaso alguna
que en mi interior está sangrando,
y esa cerrarla no han podido
vuestras piedades ni los años!
¡La misma Muerte no la cura,
pues como sangra en lo más santo
del alma y es el alma eterna,
poder no tiene para tanto!

DOÑA MARIA

Severamente.

¡Herida es esa, caballero,
para la cual no existen bálsamos!
¡Rogad a Dios que os los conceda,
porque Dios solo puede dároslos!

DON PEDRO

*Después de un corto silencio, bajando tristemente
la cabeza, con la voz rota de emoción.*

¿Para qué hablásteis de Granada
y de las horas que pasamos
juntos, soñando en los jardines
de aquel Alcázar encantado?
¿Por qué evocar al que de pronto
ciego, señora, se ha quedado,
la luz y el sol que en otros tiempos
a sus pupilas deslumbraron?

Acercándose más a ella.

¿Os acordáis, doña María?
Hace ya más de veinte años,
y aún me parece que la escena
están mis ojos contemplando...
Tras larga ausencia, en la que anduvo
con las banderas de Gonzalo
de Córdoba, por las feraces
tierras de Italia, guerreando,
lleno de gloria regresaba
sobre su potro jerezano
al paraíso de Granada
un caballero enamorado...
¡Cubon é placer sus ojos vieron,

entre el incendio del ocaso,
brillar las torres de la Alhambra
sobre los cármenes del Darro!
—¡Tras las moriscas celosías
de un ajimez de oro y de mármol,
me esperarán aquellos ojos
que mis tinieblas alumbraron...!
—dijo el doncel... Y de impaciencia
y de ternura palpitando,
hundió los férreos acicates
en los ijares del caballo,
que estremecido hasta las crines
veloz, sorbiéndose el espacio,
tendido entró por Puerta Elvira
lanzando chispas bajo el casco.
La gente al verle se decía:
—¡Ved qué jinete tan bizarro!—
Y él, orgulloso, murmuraba,
la crin del potro acariciando:
—¡Vuela corcel, que allá me esperan
rotos en miel aquellos labios
que por la cruz de aquesta espada
amor entero me juraron!—
Casi en la cuesta de Gomeles
sintió el estruendo limpio y claro
de las campanas de la Alhambra,
que estaban todas repicando.
—¿Por qué repican con tal brío?—
dijo, su potro refrenando...
Y alguien repuso—¿No conoce
las novedades el hidalgo?
¡La hija del Conde de Tendilla

esta mañana se ha casado
 con el más noble caballero
 que en sus cristales miró el Tajo! —
 ¡Quiso estallarle la armadura;
 quedóse mudo, inmóvil, pálido,
 y por la noche de su alma
 cruzó la sombra del espanto...!
 ¡Y de Granada para siempre
 salió, sintiendo entre sus labios
 arder el fuego del infierno
 en el acíbar de su llanto...!

Bajando la voz y mirando fijamente a doña María.

¿Conocéis vos, doña María,
 a ese galán enamorado?

DOÑA MARIA

Después de una breve pausa, alzando serenamente la
 frente y con la voz firme, aunque un poco emocionada.

¡Aunque le conociera
 y con el alma entera
 sintiese su dolor, lo callaría;
 que si basta la nube más ligera
 para empañar el sol del medio día,
 un recuerdo inocente,
 la más leve sonrisa, una mirada
 pueden también nublar eternamente
 el límpido cristal de un alma honrada!

DON PEDRO

Protestando caballerescamente.

¡Mi señora...!

DOÑA MARIA

¡Olvidemos

aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado,
y en nuestros corazones sepultemos
para siempre, el recuerdo del pasado!

¡Recobrad vuestro temple valeroso,
y trocad ese afecto que os humilla
por un amor más grande y generoso:
el amor infinito de Castilla!

¡De esa austera e indómita matrona
que prodigando al oro sus desdenes,
ha forjado con hierro su corona
para que dure más sobre sus sienes!

Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva
como su propia tierra... ¡Y vedla ahora
cual destronada emperatriz cautiva
que entre sus hierros su grandeza llora...!

¡Contemplad destruídas sus ciudades,
afrentado su honor, rotos sus fueros
y holladas sus antiguas libertades
por la planta de impuros extranjeros
que, sedientos de honores y tesoros,
tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,
se entraron por las puertas de Castilla
cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!

De la opulenta y pródiga Medina
del Campo, los escombros humeantes;
de Burgos los suplicios infamantes;
de tantos pueblos la sangrienta ruina;
la gleba estéril, y el taller deshecho...
Y tantas insolencias y desmanes,
¿cómo no han despertado en vuestro pecho
el antiguo valor de los Guzmanes?

DON PEDRO

Enardecido por las palabras de doña María.

¡Qué mal me conocéis, doña María!
Si yo tuviese ahora
alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,
que en contra de mi patria lucharía?

¡Castellano nací, y amo la tierra
que regaron con sangre mis abuelos
y de mis muertos la ceniza encierra;
pero al campo enemigo, en esta guerra
me arrastraron las ansias de mis celos!

Hubo un hombre en la tierra, a quien odiaba
con tan ciego furor, con sed tan loca,
que para el frenesí que me abrasaba
era la sangre de sus venas poca...

¡Él con los comuneros militaba;
y yo, para poder con más vehemencia
saciar mis ciegos odios infernales,
desoyendo la voz de la conciencia,
me alisté en las banderas imperiales!

DOÑA MARIA

Con gesto desesperado.

¡No pronunciad su nombre...! ¡Os lo suplica
mi corazón!

DON PEDRO

El odio se ha apagado...
¡Cuanto toca la Muerte, santifica,
y hoy es su nombre para mí sagrado!
¡Vos fuísteis la culpable...! ¡Mas ahora
que el odio se extinguió, brindaros quiero

para seguir luchando, el fuerte acero
que humilde rindo a vuestros pies, señora!

Rinde cortesmente la espada mientras estalla un
clamor confuso bajo las almenas. Los dos vuelven
bajo el arco a observar. La luz de la luna platea la
noche.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SOSA, LOPE, DAMAS, PAJES y SOLDADOS

DOÑA MARIA

¡Escuchad!

DON PEDRO

(Observando desde las almenas.

En confusa gritería
la soldadesca enfurecida corre
hasta los altos muros de esta torre.

VOCES

Fuera.

¡Al arma...! Al ¡arma!

Aparece Lope en la explanada, seguido de Sosa y
soldados.

DON PEDRO

¡Ved!

LOPE

Gritando desde las almenas.

¡Doña María!

Penetra en la estancia. Doña María corre a su en-

cuentro. La soldadesca se agolpa bajo el arco mientras las damas aparecen pálidas y asustadas en los umbrales de las puertas de la izquierda.

¡Perdonadme, señora!

DOÑA MARIA

Di, ¿qué tienes
que jadeante y demudado vienes?

LOPE

Con la voz ahogada por los sollozos, estrechando
las manos de doña María.

¡Perdonad el dolor con que os aflijo!
Yo intenté a sus proyectos rebelarme...
Mas él fué terco y consiguió arrastrarme.

DOÑA MARIA

Con profunda ansiedad.

Mas, ¿quién, di, te arrastró?

LOPE

¿Quién? ¡Vuestro hijo!

DOÑA MARIA

¿Mi don Juan?

LOPE

Animoso y altanero,
a vengar a su padre y vuestro esposo
al campo fué; mas al cruzar el foso,
cayó en una emboscada prisionero!

Doña María lanza un grito y se cubre el rostro
con las manos.

¡Luchó como un león...! ¡Si hubiérais visto
saltar al bravo empuje de su lanza,
yelmo, cotas y escudos, ¡vive Cristo!
que os hubiese espantado su pujanza!

DOÑA MARIA

*Como si le desgarrasen las últimas fibras de las
entrañas, tendiendo los brazos al cielo.*

¡Madre de Dios, divina nazarena,
sólo el agudo diente de esta pena
faltaba entre la angustia de mis males,
y entre tantos dolores ulcerados,
para también, cual Vos, llevar clavados
sobre mi corazón, siete puñales!

*De subito se yergue, como poseida de un vértigo
destructor, dirigiéndose a los soldados, que se agol-
pan bajo el arco del fondo.*

¡Dad a la noche un resplandor de aceros
y volad a salvarle, comuneros
que sois defensa y gloria de Castilla!

*Sollozando de subito, como si su corazón fuese a
estallar.*

¡Atended los sollozos de una madre!
¿O dejaréis que el hijo de Padilla
caiga también como cayó su padre?

*Su garganta se na hinchado y todo su cuerpo se
estremece de angustia. La suplica se hace lágrimas
en sus ojos.*

¡Es mi hijo...! Por darle un solo beso,
por escuchar su acento nuevamente...
por alisar los rizados de su frente
y abrazarle otra vez... Por todo eso,

pedid cuanto queráis...! Mil arcas llenas
de oro, riquezas y poder sin cuento,
y la última sangre de mis venas
y el último suspiro de mi aliento!

DON PEDRO

Avanzando resucitamente, después de haber arrebatado de las manos del porta-enseñas el pendón de los Comuneros.

¡Señora, a vuestros pies está mi suerte!
Y vengo, altivo, a reclamar la gloria
de llevar esta enseña a la victoria,
o, entre sus pliegues, encontrar la muerte!

Extendiendo el brazo hacia el alfar.

¡Por el glorioso escudo de mi banda,
por la fe de ese santo Crucifijo,
os juro libertar a vuestro hijo
o perder la existencia en la demanda!
Y si en la lucha ensangrentada muero,
moriré siempre fiel a este oriflama,
como debe morir un caballero:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi dama!

Se inclina ante doña María, y desaparece con los soldados por la explanada, mientras la Pacheco se abraza, para no desplomarse, a la columna del arco del fondo, cercada de sus dueñas y damas.

TELÓN

ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo la famosa Puerta del Perdón. Al abrirse las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del Templo. A la izquierda los soportales del Concejo, separados por una estrecha calleja de los fuertes muros de la Torre de la Catedral. A la derecha, en el primer término, los soportales de una hostería, y en el último, la desembocadura de una calle. En todo perdura ese aire grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empez a amanecer.

ESCENA PRIMERA

SOSA, RAMIRO, LOPE, SOLDADO 1.º y SOLDADOS

Conversando y bebiendo en la puerta de la hostería.

SOSA

A Ramiro.

¡Dinos un nuevo romance!

RAMIRO

¡Venga vino y escuchad
el del hijo de Padilla!

Dándole de beber.

LOPE

¡Viva Padilla!

Los soldados gritan.

RAMIRO

Imponiendo silencio.

¡Callad,
y con atención oidme
porque voy a comenzar!

Los soldados forman un corro en torno de Ramiro.
Este, después de apurar la bota que le entregó el
soldado primero, temple un viejo laud y a sus sonas
empieza a recitar.

¡El hijo de Juan Padilla
dentro de la Catedral,
por los Santos Evangelios
juró a su padre vengar!
¡Y armado de punta en blanco,
cabalgando en su alazán,
de Toledo se ha salido,
camino de Villalar!
Detrás de una celosía,
al contemplarle pasar,
una doncella le dice,
bañada en llanto la faz:

—¿Dónde vas, Juan de Padilla,
tan bizarro y tan galán,
si apenas pueden tus manos
la férrea lanza empuñar?—

Y Padilla le responde:
—¡Mi padre voy a vengar
porque de valor me sobra
lo que me falta de edad!—

— ¡Vuélvete, Juan de Padilla,
al regazo maternal,
que son tantos los contrarios,
que la muerte te han de dar!—

— ¡Si en mi corazón la muerte
su lanza logra astillar,
sabré morir como ha muerto
el héroe de Villalar!—

Así Padilla responde;
y su voz tiembla al hablar,
que la rabia que le ahoga
no le deja respirar!

Y espoleando su potro
y dando suelta al rendal,
entre una nube de polvo
perdióse en un olivar...

¡Y los ojos de su madre
no le han vuelto a contemplar,
que herido por seis lanzadas,
a los pies de su alazán,
para pasto de los cuervos
quedó en el campo imperial!

*Momento de silenciosa emoción. Ramiro deja el
laud en manos de un soldado.*

LOPE

¡Pobre madre! ¡De su pena
los cielos tengan piedad!

SOSA

¡Con las tocas desgarradas,
deshecha en llanto la faz,
como la Virgen María
en el Jueves Santo, va
preguntando por su hijo
de puerta en puerta; y es tal
la amargura de su acento
y la angustia de su afán,
que ningún labio se atreve
a decirle la verdad!

RAMIRO

¿Y no lograsteis, buen Sosa,
el cadáver rescatar?

SOSA

¡En vano al campo salimos
con Don Pedro de Guzmán,
el más noble caballero
y más bravo capitán
que los campos de Castilla
han sentido cabalgar;
y en vano, rotos los cercos
del campamento imperial,
nuestros brazos se cansaron
de herir y de acuchillar,
que sin él, tintos en sangre,
tuvimos que regresar,
para aplacar los tumultos
que devoran la ciudad!

LOPE

¡Pues yo pienso que la plebe
razón tuvo, al saquear
los palacios de esos nobles
que derrochan su caudal
en licenciosos festines,
mientras el pueblo, sin pan,
va sembrando de cadáveres
las calles de la ciudad...!
¡La misma doña María
la razón al pueblo da!

RAMIRO

¡Pues dar la razón al pueblo
es lo mismo que entregar
Toledo a los imperiales,
que los nobles no querrán
ayudarla, y sin su ayuda,
Toledo se rendirá!

LOPE

Ya no hay nobles... De Castilla,
la nobleza, ¿dónde está,
cuando así deja que muera
nuestra antigua libertad?

RAMIRO

Dime, y el pueblo, ¿qué ha hecho
por defenderla? ¡Robar
a mansalva, en las ciudades,
y en las batallas tirar

las armas, para huir delante
del ejército imperial!

LOPE

¿Quién al par que al pueblo, osa
estas canas ultrajar?

RAMIRO

¡Quien lleva al cinto esta espada!

LOPE

¡Pues desnúdala, y verás
cómo esa espada en tus manos
su acero trueca en cristal!

*Tiran de las espadas. Al ir a acometerse se inter-
pone Sosa.*

SOSA

Con energía.

¿Acaso los enemigos
alzaron el cerco ya,
cuando vuestra propia sangre
así queréis derramar?
¡Presto, al cinto los aceros!

LOPE

Tornando la espada al cinto.

¡Hágase tu voluntad,
ya que de doña María
ostentas la autoridad,
y desacatarte fuera
su poder desacatar!

Todos lo imitan.

SOSA

¡Comuneros, para siempre
las rencillas olvidad,
y por esas esculturas
que adornan la Catedral,

Señalando las que ornan la fachada del templo.
jurad sólo por Castilla
vuestra sangre derramar!

Todos extienden las espadas y juran.

LOPE

¡Todos contigo juramos!

SOSA

¡Lope, vete a vigilar
con tus gentes a Toledo,
que aun cuando tranquilo está,
pueden volver las revueltas;
pues la plebe es como el mar,
y basta el soplo del viento
para volverla a encrespar!

*Lope, seguido de los soldados, desaparece por la
calle de la izquierda, mientras que por los soportales
del Concejo aparece el Arcediano.*

ESCENA II

ARCEDIANO, SOSA y RAMIRO

SOSA

Inclinándose.

¡Salud, señor Arcediano!

ARCEDIANO

¡Buen Sosa, el cielo os proteja!
¿Y tu señora?

SOSA

Rezando
con sus damas en la Iglesia.

ARCEDIANO

Sonriendo.

¡Bien resultó la jugada!

SOSA

A mí, Arcediano, me pesa,
que prestar alas y alientos
a la popular licencia,
es cual si a un barril de pólvora
se le aplicase una mecha.
¡Mirad lo que ha sucedido!
¡Aún los escombros humean
de tanta rica morada,
de tanta noble vivienda
como después del saqueo
la plebe tiró por tierra,
a leales y a traidores
tratando de igual manera,
que los ojos no distinguen
cuando la rabia los ciega!

ARCEDIANO

¡Fué justicia de la plebe...!

SOSA

Mas la plebe siempre trueca

en puñales las espadas
 y las antorchas en teas,
 que en el robo y el pillaje
 sus instintos se despiertan,
 y ¡ay de quien despierte, osado,
 los instintos de la fiera!
 ¡Hoy, después de tanta ruina,
 Toledo está más revuelta;
 porque nobles y villanos
 las armas con furia aprestan,
 para vengar sus ultrajes
 y castigar sus afrentas!

ARCEDIANO

¡Si el consejo salió malo,
 la intención ha sido buena!
 Mas el remedio de ahora,
 que Dios me lo tome en cuenta,
 si no da la paz al pueblo
 afianzando la nobleza!

SOSA

Mas temo...

ARCEDIANO

¡Vanos escrúpulos
 que asaltan vuestra conciencia!
 ¿De qué le sirven, buen Sosa,
 al Cabildo sus riquezas?
 Cristo nació en un pesebre
 y practicó la pobreza...
 ¡Su vida es espejo donde
 debe mirarse su Iglesia!

SOSA

Mas si el Cabildo a entregarnos
esos tesoros se niega...

ARCEDIANO

¡Si no los dieran de grado,
los tomaremos por fuerza!

SOSA

Mas, ¿será doña María
capaz de hacer tal ofensa
a la religión?

ARCEDIANO

¡Buen Sosa,
poned freno a vuestra lengua!
Yo mismo le he aconsejado
tomar esa providencia.
¿Y cómo, siendo quien soy,
y sabiendo quién es ella,
tal acción le aconsejara
si justa no la creyera?
¡Si hay delito en mi consejo,
en mí recaiga la pena!

SOSA

¡Perdón, señor Arcediano!
Y si vos me dais licencia
voy a congregar mi tropa,
porque la hora se acerca
del Concejo, y es prudente

prevenirse por si hubiera
algún disturbio.

ARCEDIANO

¡Que el cielo
os saque en bien de esta empresa!

*Sosa se va por la izquierda. Ramiro se aproxima
al Arcediano.*

ESCENA III

EL ARCEDIANO, RAMIRO

ARCEDIANO

¿Qué tal cumpliste mi encargo?

RAMIRO

Por calles y por plazuelas
no se habla de otra cosa,
y la plebe anda revuelta,
porque los buenos cristianos
sufrir no pueden tal mengua.

ARCEDIANO

¿Tus hombres...?

RAMIRO

Estad tranquilo,
que cuando el caso suceda
a la voz de ¡viva el Rey!
correrán a abrir las puertas
a las huestes imperiales
que prevenidas se encuentran,

mientras yo con los más fieles,
de Sosa y Lope las fuerzas
rendimos o acuchillamos;
y así ¡la Pacheco queda
entregada a nuestro arbitrio
sin amparo y sin defensa!

ARCEDIANO

¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIRO

Desde antes que amaneciera
emboscados, varios hombres,
por esas calles le acechan,
y será la primer víctima
de la popular revuelta.

ARCEDIANO

Sin poder refrenar su alegría,

¡Ramiro, mitrado soy
si salgo bien de esta empresa,
que si rendimos Toledo
verás cómo el Rey me premia
con la mitra más gloriosa
que existe sobre la tierra;
pues ser mitrado en Toledo
en Castilla tanto pesa,
como en Roma ser Pontífice
con ser Padre de la Iglesia!

RAMIRO

¿Mas si nuestro plan fracasa?

ARCEDIANO

¡Habrá que tener paciencia,
y seguir  de Arcediano
en tanto que Dios lo quiera!

*Resuena la campana del Concejo; algunos nobles
señores van apareciendo por la calle de la izquierda.*

Mas, silencio. Del Concejo
ya la campana resuena,
y a la sesión de la junta
algunos señores llegan.

Voy a darles la noticia.
¡T  ve a dar el santo y se a
para que empiece el rebato,
que aquí, vigilante, queda
mi ambición, prontas las garras
y con las fauces abiertas,
que ya de vivir cans se
bajo su piel de cordera!

*Sale Ramiro por la callejuela, mientras el Arce-
diano se aproxima al grupo de caballeros.*

ESCENA IV

ARCEDIANO, DON SANCHO, DON GARCÍA
y GRUPO DE SEÑORES

DON SANCHO

Inclinándose.

¡Que os bendiga el señor, noble Arcediano,
honra y prez de la Iglesia toledana!

ARCEDIANO

¡Que os proteja su gracia soberana,
orgullo y gloria del solar hispano!

Todos le rodean con respeto.

¿Dónde tan de mañana vais, señores?

CABALLERO 1.º

Al Concejo primero, y luego a misa.

CABALLERO 2.º

¿Sabéis vos para qué se nos precisa
en la junta?

ARCEDIANO

Con misterio, contemplándoles fijamente para conocer la impresión que causan sus palabras.

¡No sé... Vagos rumores
llegaron hasta mí, mas son tan graves
que creerlos no puedo. Se decía...

Bajando la voz. Todos le cercan.

Que intentaba arrancar doña María
al Cabildo las llaves
de los férreos arcones seculares
con arabescos de marfil y oro,
donde encierra la Iglesia su tesoro,
para aplacar las iras populares!

DON SANCHO

¿Callad, noble Arcediano! ¿Quién se atreve
tal sacrilegio a proponer? ¿No ha hartado
su codicia la plebe
con tantas casas como ha saqueado?

ARCEDIANO

Dejando caer las palabras con falsa humildad.

Mi labio nada cierto os asegura...
¡Sólo es un eco que repite, quedo,
lo que en voz firme y alta se murmura
por las calles y plazas de Toledo!

DON SANCHO

¡Mas aunque cierto fuera,
su empeño será vano,
que sacrilegio tal no consintiera
el pueblo toledano,
que antes que comunero es buen cristiano,
y a su sagrada religión venera!

ARCEDIANO

¡Primero que entregar esos caudales
a la codicia de doña María,
yo mismo a los ejércitos reales
las llaves de Toledo entregaría!

DON GARCÍA

Mas tiene la Pacheco valimiento
en el Concejo...

ARCEDIANO

¡No tened cuidado!
Todos sabéis que he sido su sustento,
y en los peligros, peligré a su lado,
creyendo que ella era
el amparo más firme de Castilla...
Mas defender a esa mujer, hoy fuera
ultrajar la memoria de Padilla.

DON GARCÍA

¿Qué decís...?

DON SANCHO

¿Serán ciertos los rumores
que hace correr la plebe alborotada?
¿A un amor criminal ha dado entrada
en su pecho? Decid...

ARCEDIANO

¡Nobles señores,
yo, como nada sé, no digo nada!

DON SANCHO

Se habla de que Guzmán...

ARCEDIANO

¡Siervo de Cristo,
sólo sé oír y perdonar...!

*Viendo aparecer a don Pedro de Guzmán bajo los
soportales, y dirigiéndose al Concejo.*

DON GARCÍA

¿Mas ella...?

ARCEDIANO

¡Quedad con Dios! ¡El hábito que visto
ciega mis ojos y mis labios sella!

Desaparece bajo los arcos.

ESCENA V

DON SANCHO, DON GARCÍA, SEÑORES, y luego
DON PEDRO PÉREZ DE GUZNÁN

DON GARCÍA

¡No es posible creer tal villanía!
¡Quién pudiera pensar que, bajo el manto
de su viudez, liviana ocultaría
tanta impudicia y desenfreno tanto!

CABALLERO

¡Aún caliente la sangre del marido,
y ya, dando al olvido
el respeto que debe a sus mayores,
ávido el labio y palpitante el pecho,
buscar anhela quien comparta el lecho
que tumba debió ser de sus amores!

DON PEDRO

*Apareciendo de repente ante el grupo, después de
haber oído el anterior diálogo.*

¡Cobardes sois y vuestro labio miente!
¿A tal punto el honor ha descendido
en la tierra del Cid, que impunemente
ultrajar a una dama habéis oído,
sin que se alzara, al escuchar tal mengua,
entre todos vosotros, una mano
para arrancar la envilecida lengua
que así deshonra el nombre castellano?

DON SANCHO

Echando mano a la espada:

Esas palabras...

DON PEDRO

Imponiéndose con su actitud al grupo, que va retrocediendo hasta los soportales.

¡Si aún os resta brío,
a todos juntos mi valor arroja
este guante, en señal de desafío...!
¡Quien tenga corazón, que lo recoja!

Se quita el guante y le tira en medio del grupo.

¡Y en campo abierto o en lugar cerrado,
a pie, a caballo, con lanzón o acero,
solo como estoy yo, o acompañado,
dónde y cómo le plazca, allí le espero!
¡Venid a combatir uno por uno:
y si solo, ninguno
se atreve a abandonar este recinto,
venid todos, que a todos juntos reta
la mano que el acero al puño aprieta,
porque quiere escapársele del cinto
para afrentar y herir vuestro semblante!

Tira de la espada. Los nobles retroceden más, sin que ninguno se incline a recoger el guante. Doña María, que habrá salido de la iglesia, seguida de su dama y sus pajes durante la relación anterior, se aproxima lentamente al grupo.

¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de miedo?
¿Una mano, decid, no hay en Toledo
que audaz se atreva a recoger mi guante?

ESCENA VI

DICHOS: DOÑA MARÍA, PAJES y DAMAS

DOÑA MARIA

Avanzando majestuosamente en medio de la expectación general.

Queda una mano aún que lo recoja
y os lo entregue en señal de cortesía,
de ira crispada y de vergüenza roja...
¡y esa mano, Guzmán, vedla: es la mía!

Se inclina, recoge el guante y con gesto de sobria cortesía, se lo devuelve altivamente y se encara con los caballeros.

¡Nobles señores, mi Concejo os llama!
¡Acudid a la junta, y frente a frente
de Dios y de los hombres, nuevamente
proclamad la deshonra de esta dama
que en vosotros magnánima se escuda,
y por vosotros para siempre viste
este ropaje desolado y triste
y estas obscuras tocas de viuda!

Con la voz profundamente conmovida.

¡Yo fui feliz! ¡Tuve un esposo amante,
de honor tan alto y condición tan brava;
que la voz de la Fama susurrante
el León de Castilla le llamaba...!
¡Y un hijo, varonil y generoso,
que por el temple de su alma fiera
digno cachorro de su padre era!
¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin esposo;

de los hombres y Dios desamparada,
 perdida de la vida en los desiertos,
 en esta negra toca amortajada,
 sin tener más consuelo que mis muertos!
 Cubrió mi cuerpo la más fina seda,
 fulguraban diamantes en mi toca...
 ¡y hoy me encuentro tan pobre, que no queda
 ni un pedazo de pan para mi boca!

Con altivez.

¡Todo en servicio vuestro he consumido!
 ¡Y ved, señores si mi suerte es dura
 que, por los que hoy me ultrajan, he perdido
 mí dicha, mi riqueza y mi hermosura!
 ¡Id al Concejo, y decid delante
 de Dios que me está oyendo, y de Castilla
 que nos mira y nos juzga en este instante,
 que habéis visto a la esposa de Padilla
 entregada a los brazos de su amante!

Les vuelve despectivamente la espalda, mientras los caballeros, con la frente baja, como avergonzados de su infamia, desaparecen bajo los arcos de los soportales. Los pajes y las damas les siguen a una señal de doña María.

ESCENA VII

DON PEDRO DE GUZMÁN y DOÑA MARÍA

DON PEDRO

Profundamente conmovido.

¡Un alma cual la vuestra, mi señora,

bien vale un reino entero!

DOÑA MARIA

¡Vos ahora,
escuchadme!

DON PEDRO

¡Tranquilo me someto
a vuestras decisiones!

DOÑA MARIA

Si arrogante
mi orgullo ha recogido vuestro guante,
es que también acepta vuestro reto.

DON PEDRO

¿Qué decís?

DOÑA MARIA

Que probar también ansío
no el temple y el vigor de vuestro brazo,
sino del alma generosa el brío...
¡y a vuestra alma a combatir emplazo!

DON PEDRO

¡Pedid, señora, que probaros quiero
que si en servicio vuestro lo desnudo,
no habrá yelmo o broquel, peto ni escudo
que resista los golpes de mi acero!
¡Cuanto os plazca, pedid! ¡Mi vida entera!
¡Mas mi vida es bien poco, por ser mía,
para servir de rodrigón siquiera

a dama como vos, doña María!
¿Qué exigís de mi fe?

DOÑA MARIA

¡Tan sólo os pido
en nombre de mi honor immaculado,
que me déis al olvido,
y que huyáis para siempre de mi lado!

DON PEDRO

¡Si tal acción, señora, cometiera,
por mi santo patrón que indigno fuera
de mi nombre glorioso y de mi fama,
y aun de ceñir este triunfante acero,
que nunca fué, señora, caballero
quien en la lucha abandonó a su dama!
¡Vendida estáis!

DOÑA MARIA

¡Lo sé, pero no quiero
que digan los que infames me han vendido,
que yo también, cobarde o fementida,
mi decoro y mi fe dando al olvido,
vendí mi honra por salvar mi vida!

Don Pedro inclina la cabeza. Doña María se le aproxima lentamente, con la voz velada por la emoción.

Oídme... Poseéis un generoso
corazón que es espejo de hidalguía,
y un nombre tan ilustre y tan glorioso
que el más noble Monarca envidiaría.
La princesa de estirpe más preclara

al pie de los altares, sin desdoro,
como aquel que su plata trueca en oro,
la sortija nupcial con vos trocara.
¡Altivas, orgullosas y altaneras,
sobre cien torreones almenados,
resplandecen al sol vuestras banderas,
que miraron los siglos asombrados
desplegar sus armiños triunfadores,
de la tierra, por todos los confines,
en medio de acerados resplandores
y entre un bélico estruendo de clarines!
Triunfaréis del dolor; sois libre y fuerte.
Y yo, cerrada para amar la boca,
sólo espero los besos de la muerte;
y en la existencia soy como una loca
que de la noche oscura en los desiertos
horribles gritos de amargura lanza,
escarbando en la tumba de sus muertos,
para aguzar en ella su venganza!
¡Si de veras, Guzmán, me habéis amado,
que el sacrificio vuestro amor corone!
Marchad, que entre nosotros se interpone
la sombra de un fantasma ensangrentado.
¡En su recuerdo fúnebre se abisma
mi corazón... Y su memoria amada
de todos, y aun de vos y aun de mí misma,
la sabré conservar inmaculada!

DON PEDRO

¿Dónde, señora, iré? ¡La vida entera
para esta eterna angustia silenciosa
que nada calma porque nada espera

será mucho más triste que su fosa!
 ¿Dónde podré encontrar un lenitivo,
 si en mi celosa adoración advierto
 que él está vivo en vos, estando muerto,
 y yo estoy muerto en vos, estando vivo?

*Queda un momento con la cabeza entre las manos,
 como abatido por honda desesperación. Después se
 yergue de nuevo, en un arranque de amor infinito.*

¡Mas, no, no puede ser! ¡No me ordenéis
 que rompa para siempre estas cadenas
 de rosas! ¡A mis ojos no neguéis
 la luz! ¿Para qué quiero mis almenas?
 ¿De qué sirven al alma entristecida
 mi corcel y mi espada triunfadora,
 si por vos en las luchas de la vida
 no he de triunfar ni he de morir, señora?

Con la voz suplicante.

¿Dejadme aquí! ¡Si el verme os causa agravios
 y mi voz es molesta a vuestro oído,
 os seguiré sin despegar los labios,
 sin miraros jamás, sin hacer ruido;
 como un vago fantasma, cual la sombra
 de un silencioso y enlutado paje
 que sostiene el cairel de vuestro traje
 sobre los terciopelos de la alfombra!

DOÑA MARIA

Don Pedro, alzá. ¡Si acaso precisara
 confiar el honor esta viuda,
 a vos sólo, Guzmán, lo confiará!
 Mas aceptar no puedo vuestra ayuda,
 porque en vez de ampararme, me infamara.

¡Seguid, lejos de mí, vuestro sendero,
que es inútil, Guzmán, vuestra querrela;
pues yo, aferrada a mi altivez, prefiero
morir con honra que vivir sin ella!
¡Y así, si acaso caigo en la jornada
por el encono o la traición herida,
será digna mi muerte de mi vida;
pues si honrada viví, moriré honrada!

DON PEDRO

Como quien da el último adiós a la esperanza, vencido por la actitud noble y severa de doña María.

¡Vuestra voz para siempre me destierra
del paraíso que soñó mi anhelo!
Lejos de vos, ¿quién me dará consuelo?

DOÑA MARÍA

¡Vuestra conciencia, aquí, sobre la tierra
y la bondad de Dios, allá, en el cielo!

DON PEDRO

Después de un momento de vacilación, como el que realiza el más grande sacrificio de la tierra.

¡Obedeceros el deber me ordena!
¡De vuestro lado partiré, señora,
a seguir arrastrando esta cadena
cuyo diente de hierro me devora
el corazón! ¡En mi camino oscuro
jamás volveré a hallar vuestra mirada!

Sacando la espada.

¡Por la pureza de mi honor, lo juro
sobre la cruz triunfante de esta espada,

que inútil ya sin vos para la gloria,
y antes de profanarla en la pelea
por otra causa que por vos no sea,
la rompo a vuestras plantas, en memoria
de mi amor y mi eterna desventura!

La rompe, sollozando, por la empuñadura.

Era, fuera de vos, todo el tesoro
que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el oro
de su rica y gloriosa empuñadura,
cayó la única lágrima, vertida
por estos ojos que, al perderos, pierden
todo el fuego y las luces de la vida!

Se la presenta como un don.

¡Para que vuestros ojos me recuerden,
guardadla ahora, que de vos me alejo
para siempre, pues lívido de espanto,
crucificada en esa cruz, os dejo
toda mi vida transformada en llanto!

DOÑA MARÍA

Guardando el puño de la espada, y haciendo esfuerzos inauditos para refrenar su emoción.

También en esta lucha habéis vencido,
y vuestro temple reconozco ahora...
¡Que alumbre vuestro paso a Dios le pido!

Le da a besar la mano. Después se dirige al Concejo.

¡Adiós, don Pedro! ¡Adiós!

DON PEDRO

Voz de un agonizante.

¡Adiós, señora!

Doña María desaparece por los soportales del Concejo.

ESCENA IX

EL ARCEDIANO, RAMIRO, DON SANCHO
y TRES SOLDADOS

Al desaparecer don Pedro por la calleja de la derecha, salen cautelosamente de los soportales de la hostería Ramiro y los tres soldados.

RAMIRO

Señalando la dirección de don Pedro.

¡Seguid todos sus pasos con cautela,
y en esas calles, al menor descuido,
atacarle los tres, y darle muerte!
¡Mas cuidado, que el hidalgo tiene bríos!

Los tres hacen un signo afirmativo, y desaparecen por la calleja de la derecha, con la mano en la empuñadura de sus espadas. Ramiro se dirige hacia la izquierda; mas se detiene al ver salir del Concejo al Arcediano conversando con don Sancho.

ARCEDIANO

¡No puedo consentir tal sacrilegio!
De cuanto ocurre avisaré al Cabildo,
que antes que comunero, soy, don Sancho,
humilde siervo de la fe de Cristo,
y primero es mi alma... ¿Qué me importan
libertades, franquicias, señoríos
y tanto fuero humano, si mi alma
se pierde por los siglos de los siglos?

DON SANCHO

¡Tolerar no podemos tal escándalo!

ARCEDIANO

¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,
y antes que nazca el sol, sobre esas torres
ha de flotar al viento, como un símbolo
de paz, sobre la gloria de los cielos,
el águila imperial de Carlos Quinto!

DON SANCHO

Estoy a vuestro lado, y para todo,
Arcediano, podéis contar conmigo.

ARCEDIANO

Pues que empiece el rebato. Vos, don Sancho,
juntad los vuestros, y al sonar el grito
de la revuelta, acudiréis, armados,
a defender los fueros del Cabildo,
¡que allá, en el cielo, Dios, y aquí don Carlos,
sabrán recompensar vuestros servicios!

DON SANCHO

¡Que nuestras armas triunfen en la lucha!

ARCEDIANO

¡Que Dios nos favorezca con su auxilio!

Don Sancho y Hamiro salen por la izquierda.

ESCENA X

EL ARCEDIANO, SOLO

ARCEDIANO

¡Si tuviese valor...! Naturaleza,
¿por qué, madrastra infame, no le has dado

al alma brío, al brazo fortaleza
 y al corazón un ánimo esforzado?
 ¡Entonces, a la clara luz del día,
 blandiendo mi lanzón o mi tizona,
 la mitra episcopal conquistaría
 como un rey que conquista su corona!
 ¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido buena,
 porque diste a mi alma, juntamente,
 el furor cauteloso de la hiena
 y la astucia sutil de la serpiente!
 La cabeza me juego en la partida...
 ¡Ánimo, corazón, y ahuyenta el miedo,
 que bien vale la mitra de Toledo
 jugarse, a un golpe del azar, la vida!

Penetra en el templo.

ESCENA XI

DOÑA MARIA DE PACHECO, SOSA, DAMAS, PAJES,
 CABALLERO 2.º, HOMBRES DE ARMAS y GENTE
 DEL PUEBLO

Resuena la campana del Concejo y aparece doña María, precedida de un porta-enseña con la bandera de las Comunidades, y de dos heraldos con las armas de la ciudad. La siguen damas, pajes y algunos señores. Por las calles de la izquierda asoman grupos de gentes del pueblo.

DOÑA MARIA

Deteniéndose a la puerta del templo,

¡Si hay culpa, mi Señor, en esta empresa,
 sobre mi frente caiga tu castigo!

Indicando las grandes puertas del templo.

¡Abrid de par en par todas las puertas,
que si no es el Rey mismo,
es Castilla quien pisa los umbrales
de ese piadoso y místico recinto!

Se abren de par en par las puertas del Perdón, y
por ellas penetra doña María, seguida del porta-ense-
ña, los heraldos, las damas, los pajes y algunos hom-
bres de armas. El pueblo ha invadido la escena.

ESCENA XII

CABALLERO 1.º, IDEM 2.º, PUEBLO y SEÑORES

DON GARCÍA

¡Dios ha de castigar el sacrilegio!

NOBLE 2.º

¡Perdónanos, Dios mío!

PUEBLO

¡No queremos las joyas de la Iglesia!
¡No aceptamos los bienes del Cabildo!
¡Preferimos morir a ser ladrones!
¡Perdónanos, Dios mío!

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA MARIA, EL ARCEDIANO, DAMAS,
PAJES y EL CABILDO

Resuena el lejano y pesado doble de las campanas
de la Catedral, y tumultuosamente la gente va sa-

liendo del templo. Aparece doña María, lívida, desencajada, con las joyas del Cabildo aún entre las manos. lanzada del templo por el Cabildo en pleno, con la cruz alzada.

ARCEDIANO

Con voz de trueno.

¡En el nombre de Dios omnipotente,
por blasfema, sacrilega e impía,
te arrojamos del seno de la Iglesia
y eternamente vivirás maldita!
Excomulgada para siempre quedas,
y excomulgado quien tus pasos siga,
el agua que te den, el pan que comas,
el techo que te sirva de guarida...
¡Todo cuanto tocar puedan tus manos!
¡Todo cuanto contemplen tus pupilas!

DOÑA MARIA

Retrocediendo desesperada.

¡Piedad! ¡Piedad...! ¡Señor!

ARCEDIANO

¡Calla, blasfema,
que tus palabras al Señor irritan!

Todos se van alejando de doña María. Resuenan de pronto las campanas de la Iglesia de Toledo a arrebato.

DON GARCÍA

¡Arrojemos su cuerpo en una hoguera;
el fuego de sus llamas purifica!

PUEBLO

¡Castígala, Señor, que ella es culpable

de los males del pueblo! ¡En una pica
 llevemos su cabeza al campamento
 de nuestro Rey don Carlos...! ¡El Rey viva!
 ¡Viva don Carlos, nuestro Rey! ¡Al fuego
 la hechicera! ¡A la hoguera la maldita!

DOÑA MARÍA

*Como loca, transfigurada de dolor, alzándose como
 una fiera. Algunos leales se aprestan a defenderla.*

¿Es posible, Señor, que tanta infamia
 sobre la tierra la bondad permita!
 ¿Es posible creer lo que estoy viendo?
 ¿No será una sangrienta pesadilla
 de una débil razón atormentada,
 que ya cansada de sufrir, delira...?

Dirigiéndose al Arcediano.

¿Es posible que tú, que tú, Arcediano,
 me arrojes de ese templo, me maldigas,
 por lo mismo que tú me aconsejaste?
 ¡Oh, dímelo, por Dios! ¡Di que es mentira;
 que todo ha sido un sueño! ¡Que esas joyas
 son sólo patrimonio de Castilla!
 ¡Que ese Dios, a quien sirves y veneras,
 y en cuyo sacro altar, piadoso, oficias,
 tuvo en más la humildad de su pobreza
 que todas las riquezas de su vida,
 y pudiendo ceñir áureas coronas,
 sólo sus sienes coronó de espinas!

ARCEDIANO

¡Aparta de mi lado, excomulgada,
 que profanan tus ojos cuanto miran!

DOÑA MARÍA

Volviéndose al pueblo.

¡Y vosotros, vosotros, comuneros,
por quien es hoy la viuda de Padilla,
por quien me encuentro enferma, sola y pobre,
sin patria, sin hogar y sin familia
y hasta sin Dios... ¡Sin Dios...! Decid que todo
ha sido una sangrienta pesadilla!

DON GARCIA

¡Tú eres la causa de nuestros disturbios,
la loba hambrienta que arruinó a Castilla!

DOÑA MARIA

¡Por mi esposo!

ARCEDIANO

¡No ultrajes su memoria,
ya que, dando al olvido su valía,
mancillaste su lecho, y en la sombra
a tus mismos amantes asesinas!

DOÑA MARIA

Atónita.

¡Oh! ¿Qué dice ese monstruo?

ARCEDIANO

¡Hace un momento
don Pedro de Guzmán, que merecía
mejor suerte, cayó en esas calles
sangrando el corazón por tres heridas!

DOÑA MARIA

En un arranque inaudito de desesperación, clavándole en el cuello el trozo de espada que le entregó don Pedro.

¡Basta, basta! ¡La lengua que me insulta,
la inmundada hiena, la traidora víbora,
no volverá a enroscarse a mi garganta,
no ha de volver a emponzoñar mi vida!

PUEBLO

Apartándose con horror al ver caer al Arcediano.
¡Sacrilégio!

VOCES

Fuera.

¡Toledo por don Carlos!

El pueblo corre por la calle de la izquierda, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y SOSA

SOSA

¡Salváos, mi señora, estáis vendida!

DOÑA MARIA

Como quien despierta de un sueño.
¡A mí los toledanos...! ¡A los muros...!

SOSA

¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES

¡España por don Carlos...! ¡Viva España!

DOÑA MARÍA

Huye por la derecha, mientras desciende el telón.

¡A morir por los fueros de Castilla!

TELÓN

EN EL DESIERTO

FRANCISCO VILLAESPESA

EN EL DESIERTO

LEYENDA ARABE EN UN ACTO Y EN VERSO

EDITORIAL "MUNDO LATINO"
MADRID

- ES PROPIEDAD -

DEDICATORIA

*Al gran actor Leovigildo Ruiz
Cotay, con todo el afecto y la
admiración de su devoto*

Villaspesa.

Madrid, Febrero 1915.

PERSONAJES DE LA LEYENDA

- ALMANZUR.** Ochenta años. Fuerte y robusto como un viejo tronco de palmera. Tiene el aspecto venerable y las luengas barbas de los antiguos patriarcas.
- OMAR.** Juventud desenfrenada y bella de león del desierto.
- ALÍ.** Hermano de Almanzur, y casi de su misma edad.
- AYUB.** Uno de esos poetas errantes que recitan sus kasidas y sus gacelas, a la luz de la luna, en la puerta de las tiendas nómadas.

GUERRERO 1.º

GUERRERO 2.º

EL CADÁVER DE ALIATAR

GUERREROS ÁRABES

La acción en las arideces del Desierto, durante el califato de los primeros descendientes del Profeta, cuando los leyes y preceptos koránicos se observaban en toda su pureza.



ACTO UNICO

Interior de una tienda nómada, amplia y cónica, sostenida por reclos y rugosos troncos de palmeras y recamada de pieles de leones y tapices multicolores. Por el hueco del fondo penetra el resplandor del plenilunio, y se divisan los arenales ilimitados, como un mar de plata ondulante, petrificado en el silencio nocturno. A la izquierda, un rico tapiz de la Siria, oculta la entrada a los departamentos interiores. En la penumbra centellean los arneses guerreros. Al alzarse el telón, sólo un rayo de luna ilumina el fondo de la escena.

ESCENA PRIMERA

ALMANZUR y ALI, reclinados cerca de la entrada sobre ricos almohadones de púrpura bordados en oro, escuchan atentamente a AYUB, que de pie, bajo la claridad lunar, recita, a compás de la guzla, una suave y melancólica gacela del desierto.

AYUB

Recitando.

En tanto el amor exista,
¿para qué quieres beber,
si no hay vino que embriague
como un labio de mujer...?

ALMANZUR

Aisando lentamente la cabeza para interrumpirle.

¡Ayub, calla esas dulces canciones amorosas,
 porque nada hay tan triste como ver a un anciano
 aspirando, en las ruinas caducas de su mano,
 la fragante frescura de un manojo de rosas...!
 ¡El amor, que a los jóvenes estremece de gozo
 y pone en sus pupilas como un divino encanto,
 para nosotros sólo tiene amargor de llanto,
 y es igual que una estrella en el fondo de un pozo!

Como recordando un remoto sueño desvanecido.

¡Amor...! ¡Qué de tesoros perdidos nos evoca...!
 ¡El oasis; la fresca sombra de la palmera,
 en donde el labio imberbe, su sed, por vez primera,
 apagó en la cisterna virginal de una boca...!
 ¡Entonces, en la calma de las noches tranquilas,
 eran para nosotros las estrellas más bellas,
 ¡ay! porque nuestros ojos miraban las estrellas
 temblando en la profunda noche de sus pupilas!

*Con la voz trémula por la emoción lejana que resucitan
 sus palabras.*

¡Ya de tantos hechizos, ya de aquel seno amado,
 donde incliné la frente, no quedan ni cenizas,
 porque sobre las áridas arenas movedizas
 el tiempo, con sus alas, para siempre ha borrado!

*Inclina la cabeza, casi sollozante, entre las manos. Ayub
 abandona la guzla y se le aproxima.*

AYUB

Almazur, ¿qué te pasa...? ¿Qué angustia arremolina la plata de tus barbas sobre tu altivo pecho...?

ALMANZUR

Como si hablase consigo mismo.

¡Ay, todo se ha perdido...! ¡Ay, todo se ha deshecho, como un frágil ensueño de niebla matutina...!

En un sollozo apagado.

¡Oh, madre de mis hijos...! ¿Cuándo te veré? ¿Cuándo? ¿Quién de mis brazos, dime, te arrebató tan lejos...?

Volviéndose hacia Ayub, con voz trémula de lágrimas.

¡No les narres historias de amores a los viejos, porque siempre, al oírlos, acabarán llorando...!

Pequeña pausa. Almanzur se dirige hacia su hermano que, la barba inclinada sobre el pecho, ha permanecido oyéndole.

Y tú, hermano, ¿qué dices...?

ALI

Alzándose, con la voz profundamente emocionada.

¡Mírame! También lloro, y como tú la ausencia de mi amor recordaba...!

Otra pequeña pausa de silencio y de evocación que interrumpe Ayub, pulsando de nuevo la guzla.

AYUB

¡Os diré una Kasida que está bordada en oro pendiente de los santos muros de la Kaaba...!
 ¡Aquella en que se cuenta cómo Aliatar, el rayo de la guerra, al empuje de una lanza enemiga, traspasada la adarga y rota la loriga, cayó muerto a las plantas de su propio caballo...!

ALMANZUR

Alzándose estremecido.

¡Calla, Ayub...! ¡No prosigas...! ¿Tu memoria no
 [advierte
 que Aliatar, mi hijo único, al combate ha partido,
 y quizás a estas horas, también habrá sentido
 astillarse en sus huesos la lanza de la Muerte...?

ALI

Interrumpiéndole, como para reanimarle.

Por tu hijo, tranquilo puedes estar... No cruza el desierto cachorro de león como el tuyo...
 ¡Para su brazo un juego es esta escaramuza...!

ALMANZUR

Tienes razón, hermano... ¡Aliatar es mi orgullo...!

Como sobrecogido de pronto por un triste presagio.

Mas en vez de animarme, me asusta su denuedo, que quien ama el peligro en sus garras perece...

Pequeña pausa. Se asoma al umbral, observa, y torna de nuevo hacia AH, estremecido de espanto.

No sé lo que me angustia, Ah... ¡Mas tengo miedo...!

AYUB

Alentándole.

Desecha esos temores, Almanzur... ¡No parece sino que sale ahora a su primer campaña, cuando ya ha recorrido, con la lanza en la mano, las cálidas arenas del desierto africano y los floridos campos de la remota España!

Aproximándosele más aun, como si contemplase lo que narra.

¡Si tú lo hubieras visto, igual que yo lo he visto, bajo lluvia de flechas, trepar a un baluarte, y arrancar de la almena la bandera de Cristo para plantar en ella nuestro verde estandarte! ¡Y en Toledo, una tarde, en la fértil orilla del Tajo que los muros de la ciudad rodea, desarzonó su lanza, en desigual pelea, a los seis campeones más bravos de Castilla...!

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Cómo habrán de extrañarme sus gloriosas acciones, su ánimo valeroso y su indomable brío, si he sido su maestro, Ayub; si es hijo mío, y la sangre que tiene es sangre de leones...!

AYUB

Entonces, ¿por qué temes, Almanzur...?

ALMANZUR

Severamente.

¡Porque antes
con las huestes infieles luchó por la justicia
de nuestra fe, y ahora le arrastra la codicia
del botín, a la lucha contra esos caminantes!

ALI

Interviéndolo.

Tus quejas son injustas. La mano omnipotente
de Dios, a nuestro alcance ha puesto esta mañana,
para salvar la tribu, la rica caravana
que cargada de oro regresa del Oriente.

ALMANZUR

Mas, dime, ¿por ventura no tienen los cristianos
opulentas ciudades que asaltar en la guerra...?
¿Para qué verter sangre de hermanos contra her-
[manos,
cuando aún quedan infieles que abatir en la tierra?

ALI

Mas piensa en las miserias del aduar: la peste
diezmado los rebaños, la cosecha perdida...
Tengo setenta años... ¡Te juro que en mi vida

he visto, hermano, un año más estéril que éste...!
 ¡Y cuando en nuestras tiendas tan míseros nos vemos,
 y el fantasma esquelético del hambre nos hostiga;
 cuando estamos perdidos! ¿quieres que rechacemos
 los copiosos socorros que el Señor nos prodiga?

ALMANZUR

Inclinándose hasta casi tocar el suelo.

¡Cúmplase la Divina Voluntad!

Pequeña pausa. Vuelve a espiar a la puerta de la tienda.

Mas me extraña
 que estemos sin noticias... ¡Ayub, observa fuera...!
 ¡Ve si brillan las llamas rojizas de la hoguera
 sobre la altiva cumbre de esa vieja montaña!

*Sale Ayub. Almazur se queda observando en los umbrales.
 Un nuevo estremecimiento de terror recorre todos sus miembros,
 en un escalofrío de muerte.*

ESCENA II

ALMANZUR y ALI

ALI

Corriendo a amparar a su hermano.

Almanzur, ¿qué te pasa?

ALMANZUR

Con voz débil, pálido de espanto, como si sus ojos contemplasen la certidumbre de sus oscuros y confusos presentimientos.

No lo sé... ¡Tengo miedo!

ALI

Desecha esos temores...

ALMANZUR

Como si toda la fatalidad de su raza hablase por sus labios.¡Ay, todo será en vano,
que por más que me esfuerzo desecharlos no puedo...*Bajando la voz. Con misterio.*

¡Me muerden los presagios el corazón, hermano...!

ALI

Sorprendido.

¿Qué dices?

ALMANZUR

Lo que oyes. Atentamente escucha:
 Todo presagia un término funesto a esta jornada...
 Cuando mi noble hijo partió para la lucha,
 su lanza se hizo astillas contra una empalizada...
 ¿Y acaso no miraste, como ciervo que acosa
 el furor insaciable de una hambrienta jauría,
 erizada de espanto, cruzar una raposa
 entre la alegre hueste que al combate partía?

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Qué terribles augurios...!

ALI

Queriendo animarle, pero también profundamente emocionado.

Tus presagios olvida...

ALMANZUR

¡Oh, temo que a mi hijo algún mal le suceda...!
 Es el único apoyo que a mi vejez le queda,
 y si le pierdo, hermano ¿qué será de mi vida...?

Quedan los dos abrazados y sollozantes, en un ángulo de la tienda, mientras resuena a lo lejos un rumor confuso de gentes, y en el umbral aparece Ayub.

ESCENA III

DICHOS y AYUB

ALI

Volviéndose al que entra.

¿Qué pasa, Ayub...?

ALMANZUR

Con profunda ansiedad.

¿Qué pasa?

AYUB

Desde la entrada, señalando los arenales. Los viejos se le aproximan para observar.

Por esos arenales,
 en galope frenético, desemboca un jinete...
 ¡Miradle...! Ya en la entrada del aduar se mete...
 Para verle, los niños corren a los umbrales...
 A rienda suelta avanza, sobre el arzón tendido,
 y ajeno del peligro, sin reparar en nada,
 entre nubes de polvo, saltó la empalizada,
 y en el foso el caballo, al saltar ha caído...
 Vedlo: se alza el jinete... Sobre el corcel se inclina
 queriendo reanimarle... Mira desorientado...

ALMANZUR

Temblando de impaciencia.

Será algún mensajero...

ALI

Mirando.

Hacia acá se encamina...

AYUB

¡Tiene la adarga rota y el rostro ensangrentado!

Omar aparece pálido, jadeante y sangriento. Los tres se apartan para dejarle libre el paso.

ESCENA IV

DICHOS y OMAR

OMAR

Cayendo de rodillas ante los ancianos.

¡En el nombre del cielo traspaso estos umbrales
y postrado de hinojos que me amparéis os pido...!

ALMANZUR

¿Qué te pasa, buen hombre?

OMAR

¡Que vengo perseguido...!
¡Cien jinetes me siguen por esos arenales...!

Cruzando las manos en una súplica fervorosa.

¡Ocultadme...! ¡Si caigo en sus manos, soy muerto...!
¡No volverán los ojos a contemplar mi tienda,
que se alza, blanca y sola, al final de la senda,
como una gaviota parada en el desierto...!

ALMANZUR

Alzándole paternalmente.

¡Alza del suelo...! Nada temas... La tribu es mía,

pero ya es tuya, huésped, y dispón a tu antojo...
¡Quien quiera que tú seas, es Dios el que te envía,
y como un mensajero de su poder te acojo...!

OMAR

Alzándose.

Me persiguen... Son muchos... Aúllan como chacales!

ALMANZUR

Traquillizándole.

Ten en mí confianza y desecha el temor...
¡Mi tienda es respetada en estos arenales
tanto como en la Meca la casa del Señor...!

Volviéndose a Ayub.

¡Ayub, convoca a toda la gente que ha quedado
en la tribu, y con ella el desierto avizora,
para salvar mi huésped, que el huésped es sagrado,
y es lo mismo que un templo la casa donde mora...!

Dirigiéndose a su hermano.

¡Tú, Alí, a las mujeres de nuestra tienda ordena
que preparen el lecho más rico y más mullido,
los más gratos perfumes, la más copiosa cena,
para obsequiar al huésped que el Señor me ha traído!

Salte Alí por la izquierda y Ayub por el fondo.

ESCENA V

ALMANZUR y OMAR

OMAR

Besándole las manos.

¡Oh, gracias, noble anciano...!

ALMANZUR

¡No agradezcas mi celo,
que el interés me guía; pues a aquel que en la tierra,
las puertas de su casa a su huésped le cierra,
no le abrirá el Arcángel los encantos del cielo!

OMAR

¡Mi vida, entre tus manos venerables confío...!

ALMANZUR

Sentándole paternalmente sobre los almohadones.

¡Mas la angustia te ahoga y el cansancio te acosa...!
En tanto que preparan tu lecho, huésped mío,
sobre estos almohadones, a mi lado reposa...
Y restaura tus fuerzas, que vienes fatigado...

*Tomando de la derecha un cesto de dátiles y un cuenco
de leche.*

¡Poca cosa ofrecerte puedo en estas arenas:
 dátiles de mi oasis, mieles de mis colmenas
 y leche de camellas que yo mismo he ordeñado!

OMAR

Después de beber ansiosamente.

¡Gracias...! Con tus mercedes me has devuelto la vida.
 ¡De tanta sed traía la garganta abrasada!

ALMANZUR

Reparando de pronto en la sangre que le mancha el rostro.

Pero ¿vienes herido...?

OMAR

Es un rasguño: nada...

ALMANZUR

¡Yo con mi propia toca restañaré tu herida...!

La restaña y se sienta a su lado.

Duerme, que mientras duermas velaré tu reposo...

*Omar alza los ojos y los dirige ansiosamente hacia los
 arenales, y un temblor de lágrimas parece humedecer un
 instante la fiebre de sus miradas.*

¿Te conduce tu suerte?

OMAR

¡Más que mi suerte, siento

la suerte de mi yegua, que cayó sin aliento,
espumeando angustia, al saltar ese fosol

Señalando hacia la derecha de los arenales.

ALMANZUR

¿La amabas tanto, huésped...?

OMAR

¡Como a mi propia esposa...!
¡Y me apena dejarla tan sola...!

ALMANZUR

¡En las arenas
profunda como un silo, cavaremos su fosa,
para que no devoren sus despojos las hienas!

OMAR

¡Era como un antílope de ágil, y tan fuerte
como un león del Atlas...! ¡Con su ayuda he podido,
mirándome por tantos corceles perseguido,
a través de esos montes escapar de la muerte...!

ALMANZUR

Como recordando.

¡Yo también tuve una, en época lejana,
y a pesar de los años, aún su pérdida lloro...!
¡Sus pupilas de ébano consteladas de oro
tenían las dulzuras de una pupila humana!

Fina de remos; móvil y estremecido el flanco;
las orejas vivaces y la nariz ardiente;
negra como la sombra... Sólo sobre la frente
descarnada, lucía como un lucero blanco...

¡Cuando sobre su cuello las riendas aflojaba
o en sus ijares trémulos el acicate hundía,
alcanzaba al antilope, al avestruz vencía,
y hasta el sonoro vuelo del viento fatigaba...!

Mas no hay en esta vida felicidad completa...
Escucha, huésped mío... En aquella ocasión
tuve que ir a la Meca, en peregrinación,
a visitar el santo sepulcro del Profeta.

Celebrábase entonces la Pascua del Carnero.
Antes de entrar al templo, mi yegua dejé atada
al tronco de un florido y verde limonero,
que daba paz y sombra a la senda empolvada.

Mas al salir, en vano la busqué, porque en tanto
que elevaba a los cielos mis puras oraciones,
postrado de rodillas en el recinto santo,
de la senda la habían robado unos ladrones.

Mesándome las barbas maldije mi destino;
a mis voces la gente se agrupó alborotada;
y un hombre, que vivía en mi misma posada,
me prestó su caballo y me indicó el camino

por donde los ladrones emprendieron la huída...

Bramando de coraje, rápido como el rayo,
salté sobre la grupa del fogoso caballo,
y tras ellos lanzéme veloz, a toda brida...

Como un turbión de espanto corrí más de una legua,
cuando al volver un áspero recodo del camino,
entre nubes de polvo, más que ver adivino
cruzar por la espesura la sombra de mi yegua...

¡Un vértigo a rrastróme, y en un furioso embate,
sobre el corcel tendido, con la voz, con mi aliento,
le impulsaba, clavándole sin tregua el acicate,
y a su paso silbaba como un venablo el viento!

Con las crines revueltas, la nariz resoplante,
que volaba en la senda, mi corcel parecía,
devorando distancias... Más cerca a cada instante
la visión fugitiva de mi yegua veía...
Y cuando ya tan cerca mi corcel se encontraba
que su bello espumoso sa flanco humedecía,
viendo que iba a vencerla, grité a quien la montaba:

—¡Hostígala en las cruces!—Y como un torbellino,
la yegua en un arranque, saltando un arroyuelo,
perdióse entre las nubes de polvo del camino,
al expirar las últimas claridades del cielo,

mientras que resoplando, todo en sudor bañado,
mi corcel se detuvo, jadeante... Una llama
de orgullo dió a mis ojos un resplandor dorado...
¡Y así perdí mi yegua, pero salvé su fama!

OMAR

Emocionado por el relato.

¡Bella acción!

ALMANZUR

Tristemente.

...Y en los años que después he vivido,
en los largos martirios de mi vida agitada,
como mi yegua, todo cuanto amé, lo he perdido;
y hoy tan sólo me quedan: recuerdos, polvo... ¡nada!

OMAR

¿Para ti ya consuelos no existen en la tierra?

ALMANZUR

Sólo uno me ha dejado el rigor de la suerte...
¡Un hijo, un solo hijo, bizarro, noble y fuerte,
en cuyo amor mi única esperanza se encierra!

OMAR

¿Y vive aquí contigo?

ALMANZUR

Al nacer la mañana,
comandando las gentes de la tribu, na marchado
a esperar el desfile de una caravana...

¡Neceloso e inquieto.

¡Y es ya noche, y su suerte me tiene con cuidado!

OMAR

¿Qué temor, noble anciano, tu espíritu contrista...?
¿Su brazo, acaso, es débil...?

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Es tanta su pujanza
que no hay peto que embote ni adarga que resista
la furia de su acero o el golpe de su lanza...!

OMAR

¿Por qué temes, entonces?

ALMANZUR

Con gravedad.

¡Ay, porque nadie advierte
cuándo la propia sombra se ha de borrar, ni dónde
como áspid entre lirios, para herirnos, se esconde
la certera saeta que emponzoñó la muerte...!

¡Jamás el labio humano sabrá en qué emboscada
ha de exhalar el último suspiro de su aliento...!
Para apagar la lámpara basta un soplo de viento...
¡Y el hombre es como el humo, y nuestra vida es nada!

*Pequeña pausa. Se acerca inquieto a la puerta, con el
oído atento a los ruidos nocturnos. Después se vuelve hacia
su huésped.*

¡Mas tú, mi noble huésped, te encontrarás rendido!

Duerme, mientras yo velo...

OMAR

Descansar no podría,
que el sueño de mis párpados, como una sombra, ha
[huído.

ALMANZUR

Sentándose a su lado.

Pues platiquemos hasta que resplandezca el día,
si platicar te agrada...

OMAR

¡Cómo no ha de agradarme
el conversar contigo, buen viejo, si en la tierna
dulzura que a tu acento le prestas, al hablarme.
hay algo como un eco de aquella voz paterna,
que ya escuchar no puedo...!

ALMANZUR

¿A tu padre perdiste?

OMAR

Estas manos que estrechan las tuyas, han abierto
—ha tiempo— su sepulcro en mitad del desierto,
camino de mi patria...

ALMANZUR

¿En qué tierra naciste?

OMAR

¡Allí donde las brisas son frescas y fragantes...!
¡Se ha mecido mi cuna bajo el ramaje espeso
de aquel Edén, en donde, como tiernos amantes,
el Eufrates y el Tigris, se funden en un beso...!

ALMANZUR

¿Dónde te dirigías?

OMAR

A la tierra lejana
donde mi amor me espera, hoy regresaba al frente
de la más numerosa y rica caravana
que vieron las estrellas de los cielos de Oriente,

cuando al cruzar la cumbre de esos montes, por una
banda de salteadores, de pronto fui cercado...
¡Y gracias que con vida el Señor me ha dejado
para llorar la pérdida de toda mi fortuna...!

ALMANZUR

¿Y tus hombres?

OMAR

Algunos combatiendo cayeron
cual rabiosos leones; pero los más, apenas
iniciado el ataque, desbandados huyeron
a hundirse entre las ondas de esos mares de arenas...

Solo me encontré en medio de un círculo de espadas...

De pie sobre el estribo, a resistir me atrevo,
cuando abriéndose paso, se interpone un mancebo,
y clavando en los suyos sus altivas miradas:

—¡Atrás, todos!—rugióles—¡Este valiente es mío!
¡Y conmigo, arrogante y denodado cierra;
y me arrojó, al galope, su lanza con tal brío,
que al esquivarla, hundióse dos palmos bajo tierra!

Le arremeto, y mi lanza salta rota en pedazos.
¡Blandimos la espadas, señor, y son tan fieros
los golpes que sin tregua descargan nuestros brazos,
que relampagueaban, al chocar, los aceros...!

¡Hasta que al fin, ansiando morir o dar la muerte,
rechinantes los dientes de ira, como una hiena,
de pie sobre el estribo, le descargué tan fuerte
mandoble, que sin vida rodó sobre la arena!

Todos me acometieron como hambrienta jauría...
Y al contemplarme solo, huí desorientado
por esos arenales donde ni senda había...
¡Y gracias a los cielos que a tu tienda he llegado!

ALMANZUR

Abrazándole enternecido.

¡Deja que entre mis brazos te estreche con ternura...!
¡Que eres mi propio hijo al abrazarte creo...!
¡El mismo fuego ardiente que en sus ojos fulgura
brillar entre las sombras de tus pupilas veo!

Se queda de pronto pensativo, como si el vuelo de un sentimiento rozase sus sienes.

¡Mi hijo...!

OMAR

Aproximándosele,

¿No has recibido noticias de su empresa?

ALMANZUR

No llegaron, y temo...

Se oye un lejano clamor.

OMAR

Escuchando lleno de zozobra.

Mas, oye: ¿esos clamores...?

Se asoma a la puerta. Observa atentamente, y de súbito se vuelve pálido y tembloroso hacia Almanzur.

¡Ocúltame...! ¡Se acercan...! ¡Son mis perseguidores!

ALMANZUR

Mirando también al fondo.

¡No temas...! ¡Es mi gente que al aduar regresa...!

Cuando Almanzur se dispone a salir, aparecen, cerrándole el paso, Ayub y los guerreros, que conducen sobre un escudo el cadáver de Allatar. Omar, al reconocer a éstos, retrocede hacia un ángulo, y allí se apresta a su defensa.

ESCENA VI

DICHOS, ALI, AYUB y LOS GUERREROS.

AYUB

Entrando.

¡Almanzur, la desgracia cayó sobre tu frente...!
¡Dios te ha dejado solo al final del camino...!

ALMANZUR

Presa de una profunda ansiedad, dirigiéndose a los que entran.

¡Mi hijo...! ¡Decidme, pronto! ¿dónde está...?

Ali y Ayub le detienen. Los guerreros conducen el cuerpo inanimado de Aliatar y le colocan sobre los tapices y los almohadones de la izquierda.

OMAR

Reconociendo el cadáver y cubriéndose horrorizado.

¡Dios clemente...!

UN GUERRERO

Mostrándole a Almanzur el cadáver de su hijo y señalándole a Omar.

¡Aquí tienes su cuerpo, y allí está su asesino...!

Almanzur queda un instante anonadado de dolor. Se le ve temblar y desfallecer, como si fuera a desplomarse. Allí le sostiene. Los guerreros avanzan con las espadas desnudas, hacia Omar.

OTRO GUERRERO

A Almanzur, señalando a Omar.

¡Dádnole...! ¡Es nuestra presa!

Voiviéndose hacia el cadáver.

¡Su sangre está clamando
venganza...!

ALMANZUR

Dando un grito terrible y curvándose para ver a su hijo.

¡Oh, mi Aliatar...!

De repente, viendo que sus gentes van a acometer a Omar, se yergue, y se interpone para ampararle.

¿Qué dicen? ¡Habla...! ¿Es cierto...?
¿No respondes, mi huésped...?

OMAR

Avanzando resuelto.

¡Es verdad! ¡Yo le he muerto,
con este mismo acero, cara a cara luchando...!

ALMANZUR

Transfigurado de furor.

¡Y no se abrió la tierra, traidor, para tragarte...!

¡Y tu brazo la cólera del Señor no maldijo...!

Hace un un esfuerzo terrible para dominarse. Su voz se va amansando hasta estallar en un largo sollozo desesperado.

El huésped es sagrado... Mi deber es salvarte...
Perdona mis palabras... ¡Pero el muerto... es mi hijo!

UN GUERRERO

Dirigiéndose a Omar.

¡Venganza está pidiendo la sangre derramada...!
¡Que la tuya la arena del desierto se beba...!

GUERREROS

Relampagueando sus espadas.

¡Venganza...! ¡Sí...! ¡Venganza...!

ALMANZUR

Viendo el peligro de su huésped, desvalnando su espada y colocándose en actitud firme y resuelta delante de Omar para defenderle.

¡La mano que se atreva a tocarle, de un golpe cercenará mi espada!

Los guerreros retroceden, pero sin dejar su actitud hostil.

GUERREROS

¡Venguémosle! ¡Venguémosle!

ALMANZUR

¡Aquí tenéis mi pecho...!

¡Atravesadlo antes que deshonrar mi nombre,
 permitiendo que toquen vuestras manos al hombre
 que el Señor, para honrarme, puso bajo mi techo...!
 ¡El tormento más bárbaro a mi cuerpo infringid...!
 ¡Profanad estas barbas que el tiempo encaneció...!
 ¡Dadme muerte mil veces, mas nadie ha de decir
 que he sido infiel al huésped que el Señor me envió...!

GUERREROS

¡El dió muerte a tu hijo...!

ALMANZUR

¡Y si yo os lo entregara,
 hasta mi propio hijo sangriento se alzaría,
 y a presencia de todos, de mí renegaría,
 porque con mis traiciones su sangre deshonrara...!
 ¡A la cinta el acero...! Vuestro furor no espere
 que a mi huésped traicione...

OMAR

*En un arranque de generosidad, cayendo de rodillas a las
 plantas de Almanzur.*

¡Escucha, noble anciano!
 Aquí tienes mi cuello... ¡Cuando te plazca hiere,
 que al expirar, mis labios bendecirán tu mano...!
 Te dejó la fortuna sólo un hijo, que era
 el báculo más firme que tu vejez tenía...
 Para vengar su muerte, tu corazón, ¿qué espera...?
 ¡Yo he vertido su sangre, derrama tú la mía...!

ALMANZUR

Luchando terriblemente entre la tradición hospitalaria de su raza y el amor de su hijo.

¡Tienes razón, mi huésped! ¡Es cierto! ¡No te engañas!
¡El, el único amparo de mi vejez ha sido...!

Ciego de furor y sediento de venganza.

¡Y tú, le diste muerte...! ¡La espada que le ha herido
la siento que penetra también en mis entrañas...!

OMAR

¡Hierre, y venga su sangre!

ALMANZUR

¡No excites mis pasiones,
que siento que despiertan, silbando su veneno,
las víboras hambrientas que duermen en mi seno,
y se ciegan mis ojos...!

Bruscamente asaltado de un deseo de venganza, levanta el arma para herir. Después vacila, tiembla, y la abate, elevando sus ojos en una súplica desesperada, a los altos cielos que empiezan a azulear con las primeras claridades del día.

¡Señor, no me abandones...!
¡Todas, todas las fuerzas del corazón agoto...!

Volviéndose de súbito hacia el huésped, que permanece de rodillas ante el silencio y la expectación de todos.

¡Levántate, mi huésped, deshonrarme no quiero,
y antes de deshonrarme, ya ves, rompo este acero
que en treinta años de lucha ninguna espada ha roto!

Rompe la espada y la atroja a los pies de su huésped.

OMAR

¡Ya que tu honor no quiere a tu hijo vengar,
permite que de nuevo ahora mi ruta emprenda,
y que libre a tus ojos del dolor de mirar
al que traje consigo la desgracia a tu tienda...!

Se alza

ALMANZUR

¡Huésped, mi tienda es tuya, y de ella dueño eres...!
Manda a tu arbitrio en todo, porque el deber me obliga
a servirte y a honrarte... Mas si marchar prefieres,
parte, cuando te plazca... ¡y el Señor te bendiga...!

En voz baja, dirigiendo una mirada de suprema angustia
a los cielos.

¡Cielos, las negras heces de mi dolor apuro...!

Volviéndose a sus guerreros, imperiosamente.

¡Guerreros, devolvedle todo el botín; brindadle
el más fogoso y noble caballo, y escoltadle
hasta dejarlo libre, en un lugar seguro...!

OMAR

El salta. Profundamente conmovido.

¡Tu nombre en lo más hondo del corazón lo grabo...!
¡Que los cielos derramen sobre ti tantos bienes
como penas sufriste! ¡Ya sabes que tienes
en mí, para servirte, al más humilde esclavo!

ALMANZUR

A los guerreros, que desfilan lentamente, dirigidos por Ali y Ayub.

¡Formad, para escoltarle, la hueste más lucida...!
 ¡El más santo tesoro en vuestras manos fio,
 y con vuestras cabezas respondéis de su vida...!

Los guerreros desaparecen por el fondo, Almanzur los contempla inmóvil, desde el umbral. El milagro luminoso del alba centellea gloriosamente en la escena.

ESCENA ÚLTIMA

ALMANZUR solo.

ALMANZUR

Viendo desaparecer en las soledades del desierto los últimos guerreros. Con los brazos tendidos al cielo, como el que acaba de cumplir el más heroico sacrificio.

¡Ya cumplí mis deberes...!

De repente, como si las fuerzas le abandonasen, cayendo de bruces sobre el cadáver de su hijo.

¡Oh, Aliatar...! ¡Hijo mío!

Se inclina, y abrazado al cadáver continúa sollozando, mientras descendiendo lentamente el telón.

**ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA TIPOGRAFÍA YAQUÉS,
EL DÍA XXIV DE ENERO
DE MCMXVIII**

B. Dip. Almeria

AL-821-VIL-leo



1004188

DEL MISMO AUTOR

- I.—Intimidades.— Flores de almendro.
- II.—Luchas.—Confidencias.
- III.—La copa del rey de Thule.— La musa enferma.
- IV.—El alto de los bohemios.—Rapsodias.
- V.—Las horas que pasan (Veladas de amor.)
- VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua.
- VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales.
- VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas.
- IX.—Las granadas de rubles.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán.
- X.—Trisillia rerum.
- XI.—La leona de Castilla.—En el desierto.
- XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor.

De venta en las principales Librerías de España y América.

Tip. Yegües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.